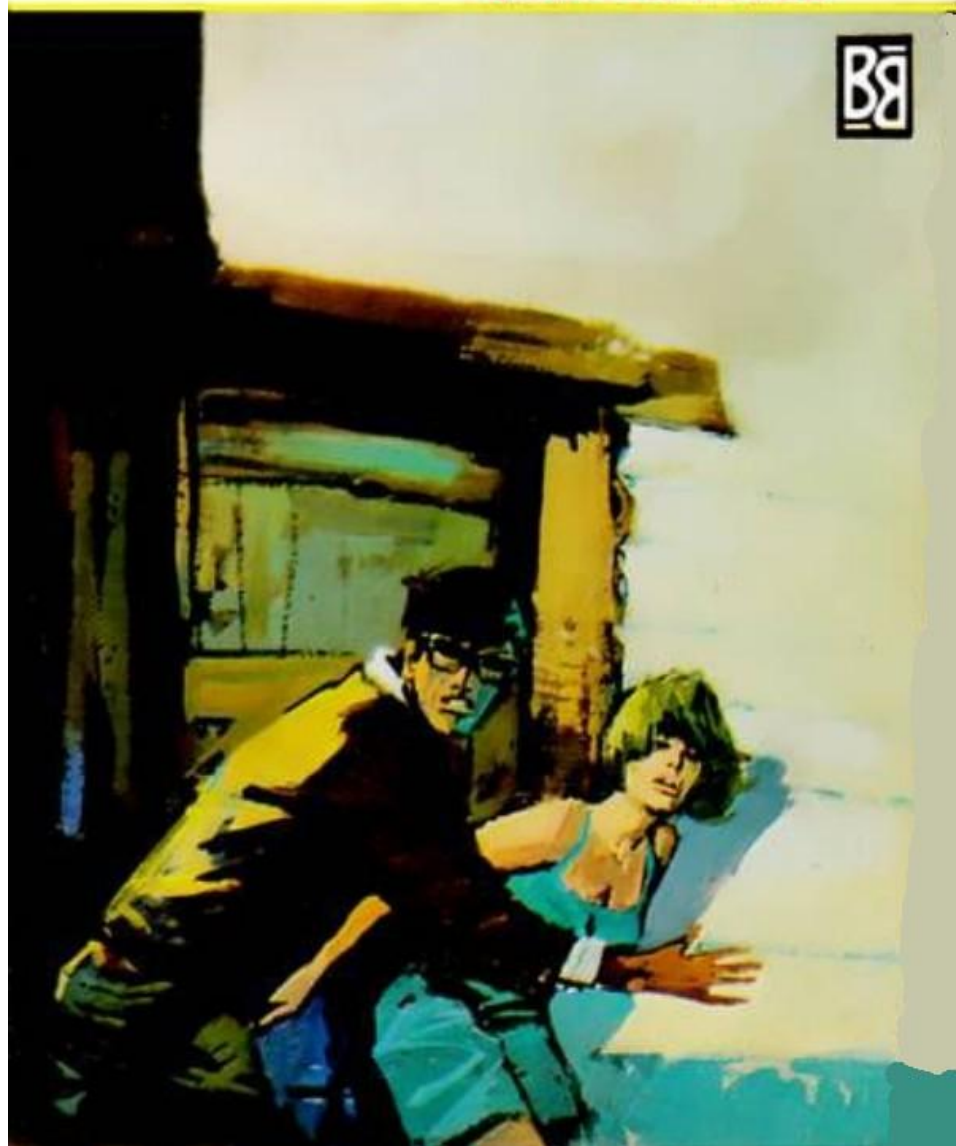


PUNTO
ROJO

la caída de un imperio

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CABRADOS

**LA CAÍDA
DE UN IMPERIO**

Colección PUNTO ROJO n.º 351

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 38.785 – 1968
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero - 1969

© CLARK CABRADOS - 1969
sobre la parte literaria
© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. More la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.094 — El último obstáculo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

959 — Película de un crimen.

En Colección BÚFALO:

751 — Un alto para morir.

En Colección CALIFORNIA:

597 — Escuadrón de fantasmas.

En Colección COLORADO:

538 — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

427 — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

373 — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

340 — El dinero del difunto.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533 — La sed del infierno.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

44 — T de terror.

CAPÍTULO PRIMERO

EL profesor Biggs estaba grabando sus notas de trabajo en el magnetófono que usaba a tal fin, cuando sonaron en el exterior los chirridos de los frenos de un automóvil que se detenía con relativa violencia.

—Y, en mi opinión —decía el profesor Biggs—, las teorías sobre la duplicidad del subconsciente (existencia de subconsciente activo y subconsciente pasivo), debidas a mi distinguido colega el doctor Tarrington, no obstante su innegable interés y el hecho de que abren un nuevo campo...

¡Ñaaaaccc...!

El ruido fue tan estridente que el profesor se sobresaltó y estuvo a punto de caerse de la silla.

—¿Quién diablos...? —dijo entre dientes, a la vez que alargaba la mano hacia el conmutador y paraba el magnetófono.

Se puso en pie. Era un hombre alto, ancho de hombros, de revuelto pelo negro y ojos oscuros, ocultos tras unas gafas de gruesa montura. Vestía un simple pulóver gris, por cuya abertura asomaban las puntas del cuello de la camisa, y unos pantalones de color marrón oscuro. Como calzado llevaba unos simples mocasines, cómodos y abrigados al mismo tiempo.

El profesor se dirigió hacia la puerta de la cabaña donde se había refugiado para preparar una tesis profesional. Al abrir vio que una mujer corría hacia él.

La mujer era joven, esbelta y bonita. Su detalle más atrayente era la frondosa cabellera de color leonado, que le confería un aspecto realmente hechicero. El profesor Biggs la encontró

guapísima, lo que no le impidió, con sentido realmente práctico, calcular su edad: veintitrés o veinticuatro años.

La chica corrió hacia él y lanzó un grito clásico:

—¡Por el amor de Dios, sálveme usted! ¡Escóndame, me persiguen!

El profesor Biggs se quedó perplejo.

—¿Quién la persigue a usted, señorita? —preguntó.

—Eso no le importa a usted —respondió ella vivamente—. Lo que interesa es hallar un buen escondite. ¿Dónde hay...?

Biggs meneó la cabeza con gesto apenado.

—Mucho me temo, señorita, que no sea este el lugar más indicado para esconderla. Y aunque lo fuera, ¿podría también esconder su automóvil? No es un objeto de poco volumen, creo.

Ella se quedó perpleja.

—¿Qué clase de tipo es usted? —dijo—. Se encuentra con una mujer en peligro de muerte que le pide su ayuda, y todo lo que se le ocurre es decir que...

—Señorita —contestó Biggs, a la vez que hacía un amplio ademán con la mano—, como puede ver, esta es una cabaña de vacaciones: cocina, baño, salón-comedor y un dormitorio. Aunque está edificada a cierto nivel sobre el suelo, no tiene sótano y el tejado no es de una altura exorbitante que digamos. En esas condiciones, solo le queda, como escondite, el bosque circundante... o acogerse a mi protección personal.

—¡Su... protección personal! Pero, ¿sabe qué clase de gentes me persiguen? ¡Son los esbirros de Finn Mac Cortt, El Emperador, un hombre sin entrañas que...! ¿Es que no tiene siquiera un arma para defenderse?

—Bueno —dijo Biggs, tras un ligero carraspeo—, en realidad, yo dispongo de...

—¡Deme lo que sea! —pidió la chica con vehemencia, a la vez que avanzaba hacia la entrada de la cabaña—. Si usted no quiere defenderme, lo haré yo.

—¡Espere un momento! Iba a decirle que solo dispongo del atizador de la chimenea, pero... —Biggs miró pensativamente hacia el camino de acceso a la cabaña—, me parece que cualquier esfuerzo encaminado a desarrollar una actividad bélica está condenado de antemano al fracaso.

Ella siguió con la vista la dirección de la mirada del profesor y palideció:

—¡Ahí están! —murmuró.

—¿Quiénes son? —preguntó Biggs.

—Los sicarios del Emperador. Ya es tarde...

El coche se detuvo ante la cabaña. Dos fornidos sujetos desembarcaron en el acto y se dirigieron hacia la pareja.

—Vamos, nena —dijo uno de ellos.

—Termina ya tus vacaciones en la montaña —agregó el otro con humor, pero sin sonreír.

—¡No quiero ir! —gritó la chica—. ¡No quiero trabajar más para ese inmundo sapo...!

—Tu contrato expira dentro de seis meses —dijo uno de los pistoleros—. Así lo firmaste y así lo cumplirás.

Y avanzó hacia la joven, dispuesto a llevársela por la fuerza.

—¡Un momento! —intervino el profesor.

El pistolero miró a Biggs como quien mira a un bicho raro.

—¿Quién es este tipo, Mildred? —preguntó.

Ella se quedó cortada. En realidad, no se habían hecho aún las presentaciones e ignoraba el nombre del dueño de la cabaña, al igual que le sucedía a este con respecto a la joven que había venido a pedirle ayuda.

—Me llamo Biggs, Henry Biggs —dijo el aludido amablemente—. Los amigos me llaman Hank, pero mucho temo que no podrán ustedes contarse entre el número de las personas que disfrutan de mi afecto.

—¡Qué bien habla el tío! —exclamó el pistolero—. Si parece un profesor.

—Lo soy —corroboró Biggs sin descomponer el gesto—. Y ahora que ya conocen mi nombre, díganme los suyos, por favor.

—¡Váyase al cuerno! —dijo el primer pistolero.

—¡Mal educado! —protestó Biggs.

—Se llama Stan O'Little —dijo la chica—. Yo soy Mildred Styles. El otro, ese con cara de estúpido de nacimiento, es Dean Kregg.

—Cuidado, tú —masculló el pistolero de cara de estúpido.

—Bien, ahora ya nos conocemos todos y podemos continuar la conversación. Referente a la señorita Styles, si bien se puede admitir la existencia de un contrato que todavía no ha caducado y

que ella quiere dar por terminado antes de la fecha de caducidad, resulta obvio que puede demandársele legalmente para que cumpla ese contrato... A propósito, ¿qué clase de contrato es? —preguntó Biggs, dirigiéndose a la chica.

—A... artístico —dijo Mildred, con la cara roja como la grana.

—Muy bien. Usted no quiere trabajar más con un tipo apodado El Emperador, pero hay un contrato firmado. En ese caso, que El Emperador la cite ante los tribunales y demande una indemnización. Pero nunca podrán emplear la fuerza...

Kregg se echó a reír.

—Oye, Stan, este tipo dice que no podemos emplear la fuerza —exclamó.

—Bueno, ¿por qué no le probamos lo contrario? —gruñó el otro. Y avanzó hacia Biggs.

El profesor movió la mano y colocó a Mildred tras él.

—Quédese quieta —murmuró.

—Cuidado —advirtió ella.

Stan O'Little subió las escaleras que conducían a la pequeña veranda que había en la fachada de la cabaña. Biggs, dispuesto a defender a la chica, disparó su puño derecho, pero el pistolero rechazó fácilmente el golpe y, a su vez, contraatacó con un demoledor zurdazo dirigido al estómago del profesor.

Biggs se curvó sobre sí mismo, mientras Mildred dejaba escapar un grito de susto. Antes de que Biggs se recobrase, un puño cayó sobre su nuca y lo derribó al suelo.

O'Little avanzó hacia la joven y la agarró por la muñeca.

—Andando, preciosa; esta noche tienes que cantar en el Gray's. ¡Pues no faltaría más!

Tiró de ella y la hizo descender a la fuerza los peldaños que conducían al patio. Mildred pasó junto al caído, con las lágrimas en los ojos.

—Lo siento —murmuró, como si el profesor pudiera oírla.

Biggs se sentó momentos después, frotándose el estómago, con una mueca de dolor en la cara. El coche de los pistoleros estaba a punto de partir, tripulado solamente por Kregg.

Mildred asía el volante de su auto. O'Little estaba a su lado.

—¡Eh! ¡Esperen! —gritó Biggs.

Se puso en pie y descendió los peldaños. Con paso no demasiado

seguro, se acercó al coche de la joven.

—Señor O'Little, me ha ganado usted —se dirigió Biggs al pistolero—. Me ha ganado y no hay paliativos para mi derrota. La culpa es mía, porque, en los últimos tiempos he descuidado no poco mi cultura física. Dentro de algunas semanas, no obstante, podré hacerle una visita. ¿Puede indicarme su domicilio, señor O'Little?

—¡Váyase al diablo! —gruñó el pistolero.

—En el Gray's se lo dirán —sonrió Mildred—. Allí lo conocen hasta las ratas... pero no protestan de que les echen raticida, sino de que este rufián vaya al Gray's a diario —añadió mordazmente.

—¡Arranca de una vez o no respondo de mí! —bramó el pistolero.

Mildred agitó una mano.

—Adiós, profesor. De todas formas, gracias.

El coche describió una rápida curva y enfiló el camino. El otro automóvil se siguió de inmediato.

Biggs se quedó en aquel lugar durante unos momentos, con expresión pensativa, mientras, de manera maquinal, se daba suaves masajes en el estómago.

Entre dientes, murmuró:

—Sí, será cosa de hacer una visita al Gray's pero antes habré de terminar mi tesis. El trabajo es lo primero.

Después de lo cual, se dirigió a la cabaña y, como si no hubiera sucedido nada, agarró el micrófono y reanudó el dictado.

* * *

El hombre que contemplaba la habitación era de mediana estatura, rostro cetrino, ojos negros y expresión fúnebre. Con la mano derecha sostenía una gran maleta de color oscuro. Sarah Billes, dueña de la pensión, estaba a su lado.

—El precio es de quince dólares por semana, desayuno incluido —dijo Sarah—. Pagaderos por adelantado, naturalmente. No quiero perros ni otros animales domésticos y le ruego no haga ruidos que puedan molestar a los otros huéspedes, señor Smith.

El señor Smith sonrió ligeramente.

—En todo caso, el ruido que haga sonará lejos de su pensión, señora Billes —Smith metió la mano en su bolsillo, sacó un puñado de billetes y separó tres de a diez dólares cada uno—: Le pago dos

semanas por adelantado, señora Billes.

—Es usted muy amable, señor Smith. Cuando baje le entregaré una llave de la puerta de la casa. La de su cuarto está en la parte de adentro.

—Muy amable, señora. Y ahora, por favor, quisiera asearme...

—No faltaría más, señor Smith.

El señor Smith alzó la maleta y la llevó hasta la cama. La señora Billes cerró, pero, en lugar de marcharse al piso bajo, se inclinó y aplicó el ojo a la cerradura.

Smith levantó la tapa de la maleta y se dispuso a sacar la ropa. De repente, cambió de opinión.

Quitándose la chaqueta, avanzó hacia la puerta y colgó la prenda en el pomo. El ojo derecho de la señora Billes quedó en tinieblas.

La señora Billes se incorporó, con gesto ofendido.

—Grosero —murmuró. Y luego, con aire muy digno, se dirigió hacia la escalera que conducía a las habitaciones inferiores.

Tranquilo ya, Smith sacó una bandeja de la maleta, en la cual estaba su ropa. Debajo apareció un falso fondo, que levantó sin más que presionar un resorte.

La señora Billes se habría horrorizado de conocer el auténtico contenido de la maleta. Había allí, despiezado, un rifle de precisión, con silenciador y mirilla telescópica; varios cargadores de munición, un revólver de cañón corto y calibre 28, también dispuesto para ser usado con silenciador; seis granadas de mano y un par de cajas de cartuchos para el revólver. También había un par de navajas de resorte y dos rollitos de alambre de acero, delgado y brillante, provistos de unas extrañas empuñaduras en los extremos.

El señor Smith contempló el arsenal durante algunos minutos. Al cabo de un rato, cerró cuidadosamente el falso fondo y, con tranquilos movimientos, se dispuso a acomodar su ropa en el armario. La expresión de su rostro no había cambiado; era tan fúnebre como en el momento de llegar a la pensión elegida para alojarse

CAPÍTULO II

LOS menudos ojillos de Finn Mac Cortt, alias El Emperador, recorrieron codiciosamente la esbelta silueta de la joven que tenía frente a sí.

Mildred Styles soportó estoicamente el escrutinio. Al lado de Mac Cortt estaba John Slattery, su contable y hombre de confianza.

—Mildred, dinos qué escuchaste la otra noche, cuando conversábamos John, Reily y yo.

—¿Escuchar? No sé a qué se refiere usted, señor Mac Cortt —respondió Mildred.

—Kregh me dijo que te encontró inclinada, con el oído pegado a la puerta. Si eso no es escuchar...

—Kregh me tiene antipatía porque no es hombre que me agrada —replicó Mildred vivamente—. Me persigue continuamente y quiere que yo... Bueno, si yo pienso que una persona es un cerdo, no puedo verle como persona, ¿comprende? Estaba arreglándome un... un sujetador de las ligas, eso es todo, pero no escuché nada.

Mac Cortt frunció el ceño.

—Está bien —dijo al cabo—. Te concederé el beneficio de la duda, pero, óyeme bien: si es cierto que escuchaste algo, guárdatelo y no lo divulgues, porque no tendría compasión de ti, ¿estamos?

—No sé de qué me está hablando usted —dijo ella—. Lo único que quiero es terminar el contrato cuanto antes. Cuando lo firmé, no podía suponer que me encadenaba a un jefe de pandilleros sin escrúpulos. De lo contrario...

Mac Cortt sonrió maliciosamente.

—No me importan los insultos, preciosa. Lo peor de todo, para

ti, es que todavía te quedan casi seis meses más, según reza ese contrato. Y cumplirás tu parte o no volverás a trabajar jamás en un escenario; de eso me encargo yo.

Ella le miró con asco infinito.

—De haberlo sabido... Pero, ya no sirven las quejas. Está bien; cumpliré el contrato. Sin embargo, cuando termine...

—Cuando termine el plazo, lee la cláusula de opción —le interrumpió fríamente El Emperador—. Puedo prorrogar el contrato, sin más que aumentar tu sueldo en un diez por ciento. Y si me conviene, lo haré.

Mildred se quedó atónita.

—¡Ese es un contrato de esclavitud! —gritó.

—Llámalo como quieras, pero es legal. Y ahora, a trabajar; el Gray's ha tomado nuevo renombre desde que estás tú y quiero aprovechar la onda.

—Pero la ropa que usted me facilitó... —se quejó Mildred.

—¿Qué? ¿No es buena?

—Es poca —se lamentó la chica.

Mac Cortt se echó a reír.

—Tienes un tipo magnífico. Debes lucirlo, preciosa. Anda, a trabajar.

Mildred le miró con rabia. Pero se sentía inerme, convertida prácticamente en una esclava de aquel hombre.

Al quedarse solos, Mac Cortt, preocupadamente, se volvió hacia su acompañante.

—John, ¿crees que esa chica pudo haber oído algo de nuestra conversación?

Slattery era un sujeto alto, delgado, de ojos penetrantes y expresión sagaz.

—Vigílala —dijo—. Y si tienes sospechas de que sabe algo...

Mac Cortt frunció el ceño.

—No me gustaría ahora —murmuró—. Me llena el Gray's todas las noches y eso es algo que hemos de tener muy en cuenta, John.

—La decisión es tuya, Finn —dijo Slattery—. Y las pérdidas, si las hay, porque si esa chica escuchó nuestra conversación y se va con alguien de la lengua, será culpa tuya también, no lo olvides.

Mac Cortt asintió.

—Lo tendré en cuenta, John, descuida —dijo, mientras

alargaban su mano hacia la caja de cigarros que tenía sobre la mesa.

* * *

Los ojos de Mildred brillaron súbitamente al reconocer entre los clientes de aquella noche a una persona.

El profesor Biggs, aquel hombre tan serio y ponderado, ocupaba una de las mejores mesas del Gray's. Mildred hacía tres semanas que lo había visto por primera vez, pero el rostro del profesor no se había borrado de su mente.

Mientras cantaba, le dirigió una radiante sonrisa. Biggs alzó el brazo, con una copa de champaña en la mano, en señal de correspondencia. Mildred le volvió a sonreír.

De pronto, Mildred sintió vergüenza a causa del escaso atavío que llevaba. En aquel momento, sintió un odio hacia Mac Cortt.

A pesar de todo, siguió cantando con brío y gracia inimitables. Una estruendosa ovación acogió el final de la pieza y Mildred correspondió a los aplausos con lanzamiento de besos y grandes reverencias. Le pidieron un bis, pero no aceptó.

Descendió del escenario y se acercó a la mesa ocupada por Biggs.

—Profesor —murmuró—, cuánto me alegro de volverle a ver.

Biggs le ofrecía ya una silla. Mildred se sentó, en medio de la curiosidad de los clientes más cercanos.

—También yo digo algo parecido, pero me siento muy disgustado por su indumentaria. Usted no es una bailarina, sino una cantante. ¿Por qué lleva tan poca ropa, señorita Styles?

Mildred dejó de sonreír.

—Me lo exige mi... mi dueño —contestó, mientras tomaba la copa que le alargaba el profesor.

—¿Su dueño? —se extrañó Biggs.

—Sí. ¿No lo recuerda? Estoy atada al Emperador por un contrato que durará todavía cinco meses y una semana.

—Pero el indumento no debe figurar entre las cláusulas obligatorias del contrato.

—Claro que no, pero, ¿qué quiere que haga, si cuando voy a mi camerino no encuentro otros ropajes? Y tengo que cantar o de lo contrario, sus gorilas...

Biggs meneó la cabeza.

—Vivimos en tiempos un tanto revueltos, a decir verdad, pero hay cosas que, a pesar de todo, revuelven el estómago. Le daré una idea para cantar sin necesidad de exhibir... —Biggs carraspeó, mientras ella se ponía colorada—, bueno, quiero decir sin necesidad de ir tan ligera de ropa.

—¿Cuál es la idea? —preguntó Mildred ávidamente—. Simplemente, despéñese. Deje que el pelo caiga suelto por los hombros. Vista un jersey negro, una falda oscura o unos pantalones y actúe con los pies descalzos. Verá cómo...

Mildred meneó tristemente la cabeza.

—Profesor, en el Gray's la gente no quiere cantantes intelectuales ni que le cuenten cosas dolientes ni que le protesten de la guerra, el hambre o la miseria. Vienen a divertirse y lo demás les importa un rábano, ¿comprende? No podría cantar más que una canción vestida como usted dice; a la segunda, Mac Cortt me obligaría a cambiarme de ropa... y no emplearía procedimientos muy diplomáticos, ¿créame?

Biggs se frotó la mandíbula.

—Ese hombre es un buitre —masculló—. ¿Y no habría manera de obligarle a romper el contrato?

—Tal vez una... pero no puedo ser más explícita por el momento. ¿Por qué no me espera a la salida, profesor? —sugirió Mildred— Me gustaría hablar con usted sin prisas.

—Trato hecho —aceptó Biggs—. Y, por favor, no me llame profesor; ya sabe cómo me llaman los amigos.

—Hank —sonrió la joven.

—Exactamente, Mildred.

Mildred volvió al escenario. Detrás de unas cortinas, Mac Cortt había contemplado la escena.

—¿Quién es ese tipo, Pete? —preguntó al pistolero que tenía a su lado

—No lo sé, jefe; pero si le interesa, me informaré...

—No, déjalo por ahora. He podido apreciar que Mildred le saludaba con mucha efusión. Yo diría, además, que han quedado citados para después del trabajo de ella. Si es cierto, síguelos.

—Entendido, jefe —contestó Pete Mac Bea, uno de los rufianes más despiadados y sanguinarios de cuantos componían la banda del

El señor Smith vestía aquella noche un impermeable oscuro y un sombrero cuyas alas cabrían de sombras su cara. Estaba apostado en un lugar conveniente, a unos cien metros de distancia del Gray's, cuya fachada aparecía brillantemente iluminada en la noche.

El Gray's estaba situado casi en las afueras de la ciudad. Dos de sus fachadas daban a campo abierto. El señor Smith había elegido un emplazamiento que le permitiría retirarse cómodamente, sin ser descubierto, una vez hubiera ejecutado el trabajo que pensaba realizar.

Pasaba la media noche, los clientes empezaron a abandonar el local. Entonces, bien oculto, el señor Smith sacó de debajo del impermeable el rifle que había traído consigo, listo ya para disparar.

Efectuó silenciosamente unos cuantos ejercicios de puntería. El visor telescópico era de lo mejorcito que se fabricaba en el mercado.

Había un hombre alto y bien parecido, cerca de la puerta de actores. El señor Smith no tenía nada contra aquel sujeto.

Una mujer joven y bien parecida salió por la puerta y se dirigió con vehemencia al encuentro del hombre. Los dos se tomaron de las manos unos momentos y luego se dirigieron al automóvil que se hallaba estacionado a poca distancia.

El motor arrancó. Un hombre salió por la puerta de actores y fijó la vista en el coche donde estaban el profesor y Mildred Styles.

El señor Smith vio al hombre a través de la mirilla telescópica de su rifle. La cruceta de puntería estaba centrada en su pecho, un poco más arriba del estómago.

Lentamente, el dedo índice del señor Smith se fue curvando sobre el gatillo del arma. El disparo, sin apenas ruido, le sorprendió.

Pete Mac Bea sintió de repente un dolor horrible en el corazón. Osciló adelante y atrás y luego, muy despacio, empezó a caer.

Mildred lo vio y lanzó un grito:

—¡Eh! ¡Ese hombre se ha desmayado!

Biggs se disponía a pisar el acelerador. Con el ceño fruncido, cortó el gas y saltó del auto.

Dos individuos salían en aquel momento del local. Al ver a su

compañero caído en el suelo, lanzaron sendas exclamaciones de asombro.

—¡Es Pete!

—¿Qué le habrá pasado?

Los pistoleros volvieron al caído boca arriba. Entonces fue cuando le vieron la sangre en el pecho.

—¡Rayos!

—Le han roto el corazón de un balazo.

Biggs oyó aquellas frases e inició una prudente retirada. Uno de los pistoleros se precipitó en el interior para dar aviso a su jefe de lo que acababa de suceder.

A cien metros de aquel lugar, el señor Smith se retiraba en silencio, con la sonrisa en los labios, satisfecho de su buena puntería...

CAPÍTULO III

FINN MAC Cortt lanzó un gruñido de ira y dijo:

—Está bien, déjenlos marchar. Ellos no han tenido nada que ver con la muerte de Pete.

Mildred se puso en pie.

—Vámonos, Hank —dijo.

El profesor la siguió en el acto. Los dos volvieron al coche.

—He pasado un miedo terrible —confesó la joven momentos después, mientras el vehículo rodaba en dirección a la ciudad.

—Yo también, pero Mac Cortt hubo de convencerse bien pronto de que yo no llevaba armas y que no había sido el autor de la muerte de su gorila —dijo Biggs— Esto es lo que ustedes llaman un “ajuste de cuentas”, ¿no?

Mildred se indignó.

—¡Por favor, Hank! No me confunda usted. Yo trabajo en el Gray's porque no me queda otro remedio —dijo con acento de enojo—. Mi agente me procuró el contrato y... yo no sé si él lo sabía o no, pero en cuanto me enteré de la catadura del dueño, me apresuré a despedirle. Con El Emperador, desdichadamente, no he podido hacer lo propio.

—Seis meses pasan pronto, Mildred —dijo Biggs.

—Sí, pero es que yo no quiero seguir cantando en esa cueva de bandidos. Además, mi contrato tiene una cláusula...

Mildred habló durante unos minutos. Al terminar, Biggs dijo:

—Si la gente sigue acudiendo al Gray's, Mac Cortt prorrogará el contrato, con el diez por ciento de aumento en su sueldo. De eso no me queda la menor duda... ni hay abogado que logre judicialmente

la rescisión del contrato.

—Lo sé —contestó ella—. Pero tengo una idea para hacer que Mac Cortt rompa el contrato y me deje libre.

—¿Cuál es? —preguntó Biggs.

—Se lo diré cuando estemos en casa, con algo más de tranquilidad. Todavía me siento un poco nerviosa, ¿sabe?

—Comprendo, Mildred. ¿Por qué llaman Emperador a Mac Cortt?

—¿Cómo? ¿Es que no lo sabe?

Biggs compuso una sonrisa de circunstancias.

—Mildred, yo solo soy un profesor de psicología en la Universidad. No acostumbro a salirme demasiado de mis libroles.

—Sí, así se entiende —sonrió ella—. Bien, resulta que, con el tiempo, Mac Cortt ha logrado hacerse con todos los negocios sucios de la ciudad y muchos otros que no lo son. Además, "protege" a comerciantes, trafica en drogas... y también trafica en seres humanos...

—Mujeres —se estremeció Biggs.

—Sí. No desaprovecha nada. Ha construido un imperio sobre una montaña de suciedad y podredumbre a fuerza de violencia y terror. Por eso le pusieron ese apodo del que, a decir verdad, se siente muy orgulloso.

—Pero, no entiendo. ¿Cómo es posible que las autoridades toleren que un sujeto...?

Mildred sonrió tristemente.

—La eterna historia, Hank —contestó—. Testigos sobornados o aterrorizados, cuando no eliminados, falta de pruebas, falta de pruebas, falta de pruebas... Ahí tiene usted la respuesta, Hank.

El profesor se quedó sumamente pensativo. Ya no dijo nada, hasta que Mildred le señaló que habían llegado a su alojamiento.

Minutos después, entraban en el piso de la joven. Era pequeño, pero estaba amueblado con gusto.

—Ahí tiene el mueble-bar con licores —dijo Mildred—. Ponga dos copas, a su gusto.

—Sí, desde luego.

Mildred se retiró a su dormitorio, en donde se cambió rápidamente de ropa. Al cabo de unos momentos, regresó al salón.

Biggs le entregó una copa. Ella sonrió.

—Para ser un profesor de Universidad tiene un aire condenadamente joven —comentó.

—Es que no soy un viejo. Solo tengo treinta y tres años, Mildred.

—¡Hum! Pues parece que tenga veinticinco. Esas gafas, esas sienes plateadas le hacen aún más atractivo; se ve que es maduro, pero no parece un anciano, ni mucho menos.

—Soy lo que soy y no aspiro a más —contestó él.

—Y... ¿qué dice su esposa a ese respecto?

—Se lo preguntaré el día en que me case, Mildred.

—Soltero, ¿eh?

—Y sin compromiso. ¿Y usted?

—Lo mismo —sonrió ella—. Venga, siéntese en este diván. No tema que vaya a seducirle, Hank; soy una muchacha decente, aunque no lo parezca. En todo caso —agregó maliciosamente—, sería usted el que me sedujera a mí, a poco que me descuidase.

—Usted no cometerá un descuido semejante —dijo él, siguiéndole la corriente—. Mildred, si mal no recuerdo, usted me dijo que tenía una buena idea para lograr que El Emperador rescinda el contrato.

—Sí, creo que es estupenda, aunque no resultará fácil ponerla en práctica.

—¿Por qué, Mildred?

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Hank, no sé qué me ha sucedido —dijo—. Desde el primer momento que le conocí, sentí hacia usted una confianza instintiva. No le diría esto que voy a decirle a nadie, a ninguna otra persona, pero sé que usted, no me traicionará en absoluto.

—Puede estar segura de que así será, Mildred —afirmó Biggs gravemente—. ¿De qué se trata?

—Mac Cortt tiene escondida una importante suma de dinero —dijo ella—. Si yo lograra encontrarla, le amenazaría con entregarla a los agentes del fisco, a menos que accediese a romper el contrato.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el profesor.

—Me enteré por casualidad. Iba a entrar en su despacho y escuché parte de la conversación. Son tres, que yo sepa, los que conocen el escondite: Mac Cortt, naturalmente, John Slattery su contable, y Reily Havis, su... jefe de pistoleros. Slattery y Havis son sus dos hombres de confianza. El uno en los asuntos económicos y

el otro en... los prácticos.

—Entiendo. Uno lleva los libros de contabilidad y el otro se encarga de las funciones propias de un pistolero con unos cuantos rufianes a sus órdenes.

—Una docena o más, sin contar otros pececillos de menor importancia: confidentes, mensajeros y demás

—Así que usted supone que si pone mano en esa suma, El Emperador la dejará libre.

—Claro. Yo valgo mucho menos que el dinero que tienen escondido.

Biggs sonrió.

—Para otros, usted vale más que todos los tesoros del mundo entero —dijo.

Mildred se sonrojó.

—Todo es cuestión de opiniones, por supuesto.

—Sí, claro. Y... dígame, ¿conoce usted exactamente el montante del dinero escondido?

—Cinco millones de dólares —respondió Mildred sin pestañear.

* * *

La puerta del despacho se abrió con brusquedad. Un hombre de mediana estatura y rostro anguloso entró en la estancia, portador de un papel en la mano.

—¿Qué diablos te sucede ahora, Reily? —gritó Mac Cortt descompuestamente—. Te tengo dicho que no entres sin llamar...

—Dígale a esa chica que salga —contestó el hombre con seco acento—. Tengo algo que importante que decirle.

La “chica” se apeó de las rodillas de Mac Cortt, sobre las cuales había estado sentada hasta aquel momento. Se atusó los cabellos con gesto provocativo y caminó ondulantemente hacia la puerta.

—Ya me voy, ya me voy —dijo—. No quiero enterarme de cosas que no me atañen, aunque una de ellas, la más importante, salta a los ojos. ¿Quién manda aquí, Emperador: tú o el jefe de tus pretorianos?

La mano de Reily Havis se movió velozmente en dirección a las carnosas posaderas de la chica.

—¡Largo, zorra! —gruñó.

Ella pegó un grito. Furiosa, saltó hacia Havis, intentando

arañarle, pero Mac Cortt zanjó el incidente con un fenomenal alarido.

—¡Basta! ¡Sal, Mona! Y tú, Reily —dijo, señalando al pistolero con una mano—, otra vez...

Un tremendo portazo cortó su voz. Mac Cortt volvió a irritarse.

—No vengas a mandar en mi casa, Reily —exclamó furiosamente—. Y la próxima vez que entres, llama a la puerta o haré que te echen a patadas, ¿has entendido, Reily?

El pistolero no se inmutó.

—Si yo me fuera, se irían conmigo casi todos los muchachos —respondió.

Mac Cortt le miró fijamente. En los últimos tiempos, Havis se había ensoberbecido demasiado y tomaba decisiones sin consultarle. Eso no podía agradarle, puesto era hombre a quien no le agradaba ninguna iniciativa que no partiese de él en persona.

“Tendré que cortarle las alas o un día me dará un disgusto”, pensó.

—Está bien, hablaremos de eso en otro momento. Pero no olvides que los sueldos de los “muchachos” salen de mi bolsillo, Reily. ¿Qué te sucede ahora?

—He recibido una carta —contestó el pistolero—. Léala.

Y arrojó la cuartilla sobre la mesa.

Mac Cortt cogió el papel y le dio la vuelta. Con el ceño fruncido, empezó a leer:

"Pete Mac Bea ha sido el primero. Como tú, forma parte de un imperio que yo pienso destruir por completo. Todos vosotros iréis cayendo uno por uno, sin saber cuándo os llegará el turno ni quién será el siguiente. De lo único que podéis estar seguros es que El Emperador será el último y morirá entre los escombros de su imperio.

"¿Irás tú después de Pete? ¿Serás el siguiente?

"X X X"

Mac Cortt estrujó el papel con fuerza.

—Esto es obra de un demente —bramó, lívido de ira.

—No hay tal loco, patrón —dijo Havis—. Los muchachos se

sienten muy aprensivos. Todos y cada uno de ellos han recibido una carta idéntica.

—Pero...

—Como lo oye —dijo el pistolero fríamente—. Y Slattery ha recibido también la suya. El tipo nos conoce, no hay duda alguna.

Mac Cortt se frotó la mandíbula con aire preocupado.

—Esto tiene todo el aire de una venganza, ¿no crees?

—Pudiera ser, pero lo más conveniente para todos resultaría localizar al tipo de las tres equis y darle pasaporte. Si no lo hacemos así preveo que lo pasaremos bastante mal.

—Pero aquí en la ciudad, no tengo enemigos...

—¿Que no? —rio lúgubrementemente el pistolero—. Sí empezamos a contar...

—¡Basta! —cortó El Emperador—. No me refiero a tipos que me detestan, sino a gente capaz de empuñar las armas. Aquí no tengo rivales de clase suficiente como para intentar darme la batalla.

—Salvo el que liquidó a Pete.

—Lo hizo a traición.

—¿Acaso piensa que va a dar la cara?

—Por supuesto que no —murmuró Mac Cortt pensativamente—. Oye, ¿no se tratará quizá del tipo que acompañaba la otra noche a Mildred Styles?

—¿Aquel que dijo ser profesor de Universidad?

—Sí, el mismo.

—No llevaba armas encima. Y el disparo vino de más lejos, recuerde.

Mac Cortt extendió el brazo hacia su subordinado.

—A pesar de todo, no me fío en absoluto —exclamó—. Reily, averigua todo lo que puedas de ese tipo. Y si es necesario, dale una buena paliza como advertencia, ¿estamos?

—Enviaré a O'Little y a Kreggh. Ellos ya le vieron una vez, cuando la chica escapó...

—El que sea, pero que lo haga pronto, Reily.

—Está bien. Hoy mismo le visitarán, se lo aseguro.

Mac Cortt quedó solo. Una mueca de burla se dibujó en sus labios.

—¡Destruir mi imperio! ¡Qué imbécil! —exclamó, al cabo de unos momentos.

La puerta se abrió suavemente. Mac Cortt puso la mano en el cajón de la derecha, donde guardaban una pistola, pero la retiró enseguida al ver una frondosa cabellera rubia.

—¿Puedo pasar, querido? —dijo la “chica” con voz meliflua.

Mac Cortt iba a asentir, pero, de pronto, cambió de opinión. No estaría de más mostrarse un poco severo.

—Ahora no, ahora tengo trabajo. Más tarde, preciosa —contestó.

CAPÍTULO IV

EL profesor Biggs estaba consultando unos datos en un libraco, dejando pasar el tiempo para ir en busca de Mildred, cuando, de pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Quitándose las gafas, se puso en pie. Atravesó el salón y abrió.

Dos horribles aparecieron ante sus ojos. Biggs parpadeó.

—Croo que nos conocemos —dijo cortésmente.

Kregg alargó la mano y le empujó a un lado.

—Sí, nos vimos hace algunas semanas —contestó.

—Y yo tuve el honor de darle una pequeña zurra —sonrió O'Little. Entró detrás de su compañero, cerró la puerta con doble vuelta de llave y luego se la echó al bolsillo. Acto seguido, sacó un papel y se lo tendió al psicólogo—: ¿Ha escrito usted esto?

Biggs miró primero al pistolero y luego tomó el papel.

Segundos más tarde, decía:

—Interesante, pero mi estilo literario es considerablemente mejor, dicho sea sin ánimo de molestar.

—Entonces, ¿no lo ha escrito usted? —preguntó Kregg.

—¿Me ha tomado por un asesino profesional? —se indignó Biggs—. La policía informó de que el disparo fue hecho a más de cien metros, con rifle dotado de silenciador. Yo no acostumbro a usar esa clase de armas. Ni ninguna otra, por supuesto.

Los pistoleros intercambiaron una mirada.

—A ti, ¿qué te parece, Stan?

O'Little hizo una mueca.

—Podríamos hacerle una ligera advertencia —contestó.

—¿A qué se refiere con eso de “ligera advertencia”? —preguntó

el psicólogo.

—Bueno, usted ha enojado algo a nuestro jefe. El señor Mac Cortt se ha enfadado un poco, compéndalo.

—Más enfadado estoy yo y no envío pistoleros ni rufianes a su casa.

Los dos sujetos rompieron a reír.

—¡Tiene gracia!

—¡Enviar pistoleros a casa del jefe!

—¡Nunca había oído disparate semejante!

—Es un infeliz, Dean, no hay duda.

—Bueno, ¿acabamos ya, Stan?

—Sí. Cuanto antes, mejor. Luego registraremos el piso y...

Biggs extendió la mano derecha.

—Un momento, amigos —dijo—. Antes de que den ningún paso, voy a avisarle de que lo pasarán muy mal si intentan causarme daño. No me hago responsable de lo que les pueda ocurrir, ¿estamos?

O'Little sonrió burlonamente. Avanzó hacia el profesor y alargó el brazo izquierdo con ánimo de agarrarla por el cuello de la chaqueta.

Entonces, actuando velozmente, Biggs estiró ambas manos y asió la muñeca del pistolero. Sin solución de continuidad, pegó un violento tirón y atrajo a O'Little hacia sí.

El rufián perdió parcialmente el equilibrio y empezó a caer hacia adelante. Biggs alzó el pie derecho, lo apoyó en el estómago de su antagonista y luego lo disparó con todas sus fuerzas.

O'Little saltó catapultado hacia atrás, con los brazos extendidos, a la vez que un gemido de agonía se escapaba de sus labios. El dorso de su mano golpeó la cara de Kregg, haciéndole vacilar.

O'Little rodó por el suelo. Kregg se recuperó enseguida y saltó hacia adelante.

Sin saber cómo, se encontró con dos puños que iban y venían velozmente, golpeándole dolorosamente en la cara. El final fue una explosión en la mandíbula que le dejó sin conocimiento.

El otro se puso en pie. Una rodilla subió hasta sus narices. El dolor resultó tan intenso que O'Little se puso a gatas, apoyado en los codos, cogiéndose con ambas manos el apéndice maltratado. Biggs le dejó así unos instantes y luego, agarrándole por los pelos,

le obligó a ponerse de nuevo en pie.

El puño del profesor se transformó en una especie de ariete que chocó contra la barbilla de O'Little. El pistolero se desmayó en el acto.

Los dos rufianes despertaron minutos más tarde. Con aire atónito, contemplaron al profesor quien, sentado ante ellos, sonreía apaciblemente.

—Decidí cuidar mi educación física el día que usted me golpeó en la cabaña —dijo, dirigiéndose al asombrado O'Little—. Esto que les ha sucedido es, ni más ni menos, que la consecuencia de cuatro semanas de refrescar mis conocimientos de la lucha cuerpo a cuerpo.

Furioso, O'Little sacó su pistola.

—Esto le enseñará a...

Biggs movió lentamente la cabeza.

—Solo es un pedazo de hierro, sin valor ofensivo alguno —dijo—. Carece de balas y, además, con unos alicates, le he cortado la aguja percutora. Compruébelo, por favor.

O'Little abrió la boca, lleno de asombro.

—Usted...

—Márchense —le interrumpió Biggs sin alterarse—. Yo no soy el autor de esa misiva ni, hasta cierto punto, tengo interés en atacar al señor Mac Cortt. Lo único que quiero es que él me deje en paz; díganselo así de mi parte.

O'Little volvió a guardar su pistola.

—Hay muchos medios de tomarse el desquite —dijo.

—Yo le aconsejaría el olvido total de lo que acaba de pasar, pero si insisten, puede que la próxima vez se encuentren con algo peor que unos cuantos golpes. En fin, la decisión es suya... y la responsabilidad de lo que les ocurra también.

Kregh soltó un gruñido.

—Vámonos, Stan —dijo—. Volveremos a vemos, profesor —prometió.

—Le digo lo mismo que a su compinche —respondió Biggs plácidamente.

Kregh fue a dar un paso hacia adelante, pero recordando los golpes que había recibido, sin posibilidad de esquivar ni uno solo, se lo pensó mejor y dio media vuelta.

Momentos después, Biggs se formulaba una pregunta a sí mismo:
—¿Tendré que comprarme un arma?

* * *

Al ver la silueta de Mildred en la puerta de actores, Biggs tocó suavemente la bocina de su coche.

Mildred corrió hacia el automóvil. Oculto convenientemente en las sombras, Reily Havis contempló la escena.

Había un hombre a su lado. Era Alfred Enney, uno de los pistoleros al servicio del Emperador.

—Síguelos, Al —ordenó.

Enney asintió en silencio. Esperó a que el automóvil del psicólogo hubiese arrancado y luego subió en el suyo.

—¿Tiene sueño, Mildred? —preguntó Biggs a poco de iniciar la marcha.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá, aunque ya es un poco tarde, conozco una tabernita típica en donde sirven, sea la hora que sea, unas chuletas de cordero realmente sensacionales. Además, tienen un vinillo tinto que es como néctar de los dioses... pero, claro, si está preocupada por su línea...

—¡Al diablo con la línea! —exclamó Mildred alegremente—. Ese panorama la desvela a una instantáneamente. Vamos a su taberna, Hank.

El psicólogo sonrió complacido.

—Me gusta su franqueza, Mildred —dijo—. ¿De veras no le preocupa la línea?

—Como de todo y todo lo que quiero y no engordo ni tanto así —contestó ella—. En todo caso, por una vez, podría hacer una excepción. Pero yo creí que los psicólogos no se preocupaban por semejantes minucias.

—Oh, ¿acaso se cree usted que vivimos del aire? También tenemos nuestras apetencias, como todo ser humano.

—Mac Cortt es también un ser humano, pero no lo parece —dijo Mildred súbitamente.

—¿Ha vuelto a molestarla?

—No, pero sigo actuando en el Gray's. ¿Le parece poco?

Biggs hizo un movimiento de cabeza.

—La solución, en efecto, estribaría en localizar esos cinco millones —dijo pensativamente—. ¿Cómo ha reunido una cantidad tan enorme de dinero?

—Evasión de impuestos, supongo. Es un dinero que no consta en los libros de ningún Banco, en donde los contables del Tesoro podrían meter las narices, ¿comprende?

—¡Hum! En su lugar, de Slattery o de Havis yo no me fiaría. Eso me recuerda un poco a las historias de piratas y tesoros escondidos en alguna isla ignorada.

—¿Qué quiere decir, Hank?

—Bueno, pues que el capitán pirata, cuando iba a esconder su botín, se llevaba a dos o tres de sus más fieles secuaces; les hacía cavar el hoyo para esconder el cofre del tesoro... y luego enterraba todo: amigos y cofre, ¿comprendes?

—Sí, recuerdo haber oído historias parecidas —contestó Mildred —, pero en este caso, los amigos del capitán pirata siguen vivos y coleando.

—¿Y no teme El Emperador que sus socios le traicionen? Porque cinco millones son como para tentar a cualquiera y más a sujetos de tan pocos escrúpulos.

Mildred hizo un gesto de resignación.

—Hank, le he contado todo lo que sé —dijo—. Es de suponer que Mac Cortt esté seguro de la fidelidad de sus compinches; de otro modo, no se concibe que les haya hecho partícipes de su secreto.

—Sí, algo debe de ocurrir —murmuró el psicólogo—. Si pudiéramos interrogar a Mac Cortt... o a uno cualquiera de los otros dos.

—Son tipos duros. No contestarían a una pregunta tan interesante, en el supuesto de que consiguiera hablar con ellos.

—Bueno, si capturase a alguno...

—¿Usted, Hank?

Biggs calló durante unos momentos.

—Es evidente —dijo al cabo—, que debe de haber un medio para hacerles hablar. De momento, me falta la idea, pero no le quepa la menor duda de que acabaré por conseguirlo.

—Hank, no me lo imagino a usted aplicando torturas medievales a un prisionero. Y ese sería el único medio de que Mac Cortt o bien

cualquiera de los otros dos declarasen el escondite de los cinco millones.

—No todo consiste en torturas medievales, Mildred.

—¿Una semana a pan y agua?

—O sin pan ni agua —sonrió él—. Pero no se preocupe; no emplearé procedimientos drásticos. Y... mire, estamos llegando ya a nuestro destino. ¿Por qué no damos de lado el problema y nos aplicamos a otro más próximo y, por tanto más interesante?

Biggs y Mildred tomaron el refrigerio cerca de una de las ventanas, desde la cual se dominaba buena parte de la calle. Estaban casi a punto de terminar cuando ella exclamó:

—¡Eh, Hank, mire, tenemos un espía en la acera de frente!

Biggs miró hacia el lugar indicado y divisó a un sujeto que trataba de guarecerse bajo las sombras de un portal cercano. Era evidente que el individuo se había apercibido que sus perseguidos le habían visto.

—¿Quién es? ¿Le conoce, Mildred?

—Sí; es Enney, uno de los gorilas de Mac Cortt. Seguro que le han enviado a vigilarme.

Biggs reflexionó durante algunos momentos. Luego dijo:

—No se preocupe de él. Déjelo de mi cuenta más tarde. Ahora, dígame, ¿qué le ha parecido esta cena de madrugada?

Los ojos de la joven brillaron.

—¡Maravilloso, Hank! —exclamó gozosamente. Y con voz evocadora, exclamó—: ¡Hacía tiempo que no disfrutaba tanto!

Más tarde, salieron de la taberna. Biggs acompañó a la joven a su casa.

—Enney continúa siguiéndonos —dijo Mildred al cabo de un rato.

—Repito que no debe preocuparse por él —insistió el psicólogo.

Minutos más tarde, Biggs detenía el coche frente a la casa de Mildred. Se apearon y cruzaron la acera.

—Enney se ha detenido un poco más atrás —susurró ella.

—Sí, Mildred.

Ella sacó la llave de su bolso y abrió la puerta. Biggs se deslizó a continuación en el portal.

Enney se acercó cautelosamente a aquel lugar. Examinó la puerta con suma atención, dudando acerca de entrar o alejarse.

La puerta se abrió súbitamente y un puño se estrelló contra sus narices. El pistolero se tambaleó, a la vez que lanzaba un apagado gruñido.

El puño pareció multiplicarse por cinco o seis, que actuaban seguidamente, como los pistones de un motor a elevado régimen de funcionamiento. Enney, aturdido por aquella lluvia de golpes, acabó por caer al suelo.

Entonces, Biggs salió de la casa y cargó con el cuerpo del pandillero, llevándolo hasta su propio automóvil. Abrió la portezuela y lo lanzó al interior. Enney quedó casi en el suelo del departamento anterior, gimiendo sordamente, sin comprender muy bien lo que le había ocurrido.

Biggs volvió al portal, donde Mildred le aguardaba impaciente, con los nervios en tensión.

—Despachado —dijo el psicólogo, frotándose un polvo imaginario de las manos.

—¿Le ha hecho daño?

—¿Quién, él a mí? ¡En absoluto; ni siquiera ha podido devolverme uno de los golpes!

Ella le contempló con admiración.

—¡Y todavía habrá quien diga que es un profesor de psicología! —exclamó.

Biggs sonrió.

—Todo se puede compaginar —contestó. Tomó su mano y la estrechó afectuosamente—. Buenas noches, Mildred.

—Buenas noches, Hank —contestó ella en tono muy suave.

Alfred Enney despertó, percibiendo la desagradable sensación de tener la nariz y los labios hinchados, a consecuencia de la tanda de golpes recibidos. Su primera intención fue la de subir a casa de la cantante y tomarse el desquite, pero se contuvo oportunamente.

Mildred Styles era una mina para el Gray's. Si la tocaba, El Emperador le haría sentir el peso de su mano, nada suave por cierto. No le quedaba otro remedio que conformarse... y tragar la derrota.

Sacó un pañuelo y se limpió la cara como pudo. Echaba pestes contra Havis. ¿Por qué no le había advertido que el acompañante de Mildred era un tipo con puños como martillos?

—Otro día no me cogerá tan desprevenido —murmuró, mientras

daba de nuevo media vuelta a la llave del gas.

Emprendió el regreso al Gray's. Havis, a pesar de todo, debía conocer el resultado de sus gestiones.

En las cercanías del local, oyó un ruidito a sus espaldas. Miró a través del retrovisor y divisó la sombra de un individuo que se alzaba lentamente en el asiento posterior.

—¿Eh? ¿Qué...?

Algo fino y frío se enroscó en su garganta.

CAPÍTULO V

—**A**CÉRCATE a la acera —le dijo el hombre.

Enney estaba aterrado. Aquello que tenía en torno a su cuello era un cable de acero.

Obedeció. Sus labios temblaban al formular una pregunta:

—Oiga, ¿qué es lo que quiere...?

—¿Eres Enney? —preguntó el señor Smith.

—Sí —contestó el pandillero, tragando saliva.

—¿Trabajas para Finn Mac Cortt?

—Sí, claro. Oiga...

—Gracias, eso es todo.

El cable de acero se estrechó de golpe. Un horrible gorgoteo salió a través de los labios de Enney, quien se debatió furiosamente unos momentos, antes de quedarse inmóvil.

El señor Smith continuó manteniendo la presión del lazo durante algunos minutos. Luego, cuando se convenció de que su víctima había muerto, soltó el lazo, lo recogió y se lo echó al bolsillo.

Abrió la portezuela y dirigió un vistazo al interior del coche. Enney parecía dormir, con la cabeza apoyada en el respaldo.

Tranquilamente, sin ser molestado, el señor Smith emprendió a pie el regreso a su alojamiento. En el camino encontró un buzón de correos, al que arrojó un puñado de cartas que ya tenía preparadas.

* * *

En silencio, sin pronunciar una sola palabra, Reily Havis arrojó sobre la mesa de despacho de Mac Cortt la carta que acababa de recibir aquella misma mañana.

Mac Cortt tomó el sobre, extrajo de su interior una cuartilla y la desdobló. También en silencio leyó el contenido de la carta:

"Enney ha sido el número dos. ¿Te corresponderá a ti el número tres? ¡Qué triste es no poder saberlo!, ¿verdad?

"X X X"

Slattery asistía a la entrevista, con rostro impenetrable. En su interior, sin embargo, se sentía sumamente desazonado. Él también había recibido una de aquellas misteriosas cartas de amenaza.

Mac Cortt arrojó la carta sobre la mesa.

—Pero, ¿qué broma estúpida es esta? —rugió, lívido de ira.

—No hay broma que valga, jefe —contestó Havis, muy serio—. Los muchachos están nerviosos. Primero fue Pete; después, Enney. Luego... El caso es que Tres Equis ha cumplido su amenaza y, me temo, cumplirá también la siguiente. ¿No le da eso mucho qué pensar?

—Me da que pensar que es extraño que no haya recibido yo ninguna de esas cartas. ¿Por qué os escribe a todos menos a mí?

—Dijo que quería destruir su imperio. Recuerde, la primera carta...

—Un imperio se destruye matando a su jefe, pero no a los individuos de menos importancia...

—Tres Equis opina que tal vez la organización subsistiría sin usted. Por eso empieza por abajo. Pero hay que hacer algo y pronto, jefe; de lo contrario, los chicos podrían cometer alguna barbaridad.

—El caso es que no sabemos quién es ese condenado Tres Equis —gruñó Mac Cortt, irritado y perplejo al mismo tiempo.

—¿Y si, a pesar de todo, fuese el profesor? —terció Slattery de pronto.

Mac Cortt miró a su contable.

—¿Biggs? ¡Absurdo! He recogido información acerca de él. Es un simple profesor de Psicología de la Universidad...

—Bueno, a lo mejor, Biggs tiene una doble personalidad. Por el día da clases y por la noche, algunas noches, claro, se entretiene liquidando a la gente.

El Emperador se acarició la mandíbula, sopesando mentalmente

aquella posibilidad.

—No, no lo creo —dijo al cabo—. Pero no hay que desechar el menor síntoma, por pequeño que sea.

—¿Lo liquido? —preguntó Havis belicosamente.

—¡Estúpido! Biggs no es un *quidam* cualquiera. Podemos meternos con mucha gente, pero no toques a un intelectual o el país entero se te echará encima. Lo que sí podemos hacer es meterle el miedo en el cuerpo

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Deja que yo lo haga —contestó Mac Cortt— Yo en persona, me encargaré de apartar a Biggs de nuestro camino, definitivamente y sin consumir un solo cartucho.

—Pues ya puede ir dándose prisa o los muchachos harán alguna que sea sonada. Además de estar muy nerviosos, quieren vengar a sus compañeros muertos. Incluso algunos, más que nervios, lo que tienen es miedo

Mac Cortt miró fijamente a su subordinado.

“Y el que tiene miedo, en cuanto puede, pone tierra de por medio. Y tú, como puedas, lo harás, llevándote algo que yo sé”.

—Está bien, está bien —dijo en tono conciliador—. Arreglaré ese asunto. Y no te preocupes de más, Reily. El profesor dejará de molestarnos, créeme.

* * *

El profesor Biggs oyó el timbre de llamada y, con un gesto de enojo, se puso en pie, tras haber cerrado el libro que estaba leyendo. Cruzó el salón y abrió la puerta

Tres hombres le contemplaron desde el pasillo. A dos de ellos ya los conocía.

—¿Profesor Biggs? —preguntó Mac Cortt educadamente.

—Sí, el mismo.

—Soy Finn Mac Cortt. ¿Puedo hablar unos momentos con usted?

—¿Por qué no? Entre, Emperador.

Mac Cortt arqueó las cejas al oírse llamar por el apodo, pero no dijo nada. Volviéndose hacia sus gorilas les dio una orden:

—Esperadme unos momentos. Saldré enseguida.

Biggs cerró la puerta y señaló el diván.

—Siéntese, señor Mac Cortt —invitó.

—Gracias, profesor. Puesto que ya conoce mi nombre, es inútil que añada detalles acerca de mis... ocupaciones, ¿no es cierto?

Biggs sonrió.

—Es usted demasiado optimista calificando de ocupaciones a acciones delictivas, pero no discutiremos por calificativo de más o de menos. Hable, le escucho. Emperador.

—Gracias. Se trata de usted, profesor. Por suerte o desgracia suya, se ha cruzado en mi camino. Hace algunas semanas, usted y yo no nos conocíamos siquiera, pero por culpa de una chica alocada e irreflexiva...

—Esa chica alocada e irreflexiva, como usted dice, trataba de escapar a la persecución de que era objeto. Simplemente, no quería continuar siendo una esclava.

—¿Esclava? —barbotó Mac Cortt—. ¡Una esclava muy bien pagada, en todo caso!

—El dinero no lo es todo para la señorita Styles. Ella se considera ultrajada al trabajar para un *gangster*.

Mac Cortt se puso colorado.

—Es usted directo, profesor.

—¿Acaso he mentido?

—Está bien, dejemos esto a un lado —gruñó El Emperador—. Hablábamos...

—De la señorita Styles. El contrato es propio de negreros. Ella quiere revocarlo.

—¡Y yo no quiero! ¡Me proporciona sustanciosos ingresos!

—Le obligaré a que la deje en libertad.

Mac Cortt sonrió desdeñosamente.

—¿Usted, profesor?

—No desprecie jamás a su adversario, por ínfimo que sea. Recuerde el símil del granito de arena.

—Mi maquinaria es perfecta. Y muy fuerte; trituraría fácilmente ese granito de arena y seguiría funcionando.

—En ese caso, considéreme como un pedrusco de los gordos. Así no se llevará sorpresa cuando su imperio salte por los aires.

—¿Lo hará usted?

—Yo solo quiero librar a Mildred de la repugnante sujeción a que está sometida. Lo demás, hasta cierto punto, me tiene sin cuidado.

Mac Cortt extendió la mano en dirección a su interlocutor:

—Profesor, voy a hacerle una advertencia, y será la última, se lo prevengo de antemano. Deje el campo libre, no se meta más conmigo o le pesará, se lo aseguro.

—Usted es un pobre diablo —dijo.

—¿Cómo? —saltó Mac Cortt en su asiento.

—Sí, un pobre diablo. Cree poderlo todo con el dinero o con las pistolas de sus sicarios, pero no es capaz de imaginarse siquiera que hay personas a las que no impresionan sus bravatas. Seguiré adelante y le derrotaré, Emperador, téngalo muy presente.

—¿Matando a mis hombres uno a uno, para dejarme solo al fin y poder liquidarme sin peligro?

Biggs se quedó perplejo unos instantes.

—Ah, ya —dijo al cabo—. Usted me confunde con ese tipo que ha asesinado a dos de sus... empleados.

—¿Y no ha sido usted?

Biggs le miró con lástima.

—Emperador, lo último que se me ocurriría en este mundo, sería matar a un hombre, a no ser en legítima defensa. Pero si yo quisiera derrotarle a usted por medios violentos, no me entretendría en cortar las ramas, sino que atacaría el tronco directamente. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, es un símil muy gráfico. —Mac Cortt se sintió preocupado súbitamente—. Así, pues, ¿no ha sido usted?

—No, en absoluto. Rechazo enfáticamente toda acusación al respecto. Y a propósito, ¿no se le ha ocurrido repasar la lista de sus innumerables enemigos?

Mac Cortt se acarició pensativamente la mandíbula.

—Enemigos —musitó—. Aquí, en la ciudad, no...

—Pudo haber venido de fuera —sugirió Biggs amablemente.

Mac Cortt le dirigió una mirada penetrante.

—Tal vez —contestó—. Investigaré, profesor... pero usted, deje en paz a la chica o le pesará.

—Imposible, Emperador, porque Mildred será un día la señora Biggs.

CAPÍTULO VI

MAC CORTT apuntó a Havis con el índice y dijo:

—El tipo, sea quien sea, ha venido de fuera. Destaca a todos los hombres y ponlos al trabajo. Que lo encuentren, no importa el precio, eso es lo que interesa, ¿me comprendes?

—Está bien, jefe.

—Y si es necesario gastar dinero, pídele a John; él te dará lo que necesites. A veces, un billete devuelve la memoria mucho mejor que un puñetazo.

—Sobre todo, si tenemos en cuenta que las investigaciones han de practicarse con la mayor discreción del mundo.

—Exactamente. Anda, empieza ya, Reily.

—O.K., jefe. Ah, ¿qué ha dicho el profesor?

—No te preocupes de él. Nos hemos separado la mar de amigos. Cuando yo quiero —mintió Mac Cortt con amplia sonrisa—, sé portarme como el más consumado de los diplomáticos.

—Mejor para todos. Adiós, jefe. Hasta la vista, John.

Mac Cortt y su contable quedaron a solas.

—John —dijo el primero—, no me fío de Reily.

—¿Por qué? ¿Es que piensa que va a traicionarle?

Los ojos del Emperador brillaron vivamente.

—No me extrañaría en absoluto. Si empieza a ponerse nervioso, escapará y... ¿sabes lo que se llevará?

—Rayos —gruñó Slaterry apagadamente—. Representaría un serio contratiempo. Pero si no se fía de él, ¿por qué no lo quita de en medio?

—Porque, a pesar de todo, le necesito. Él sabe mejor que nadie

manejar a los muchachos y, aparte de a mí, es el único a quien respetan y obedecen. No encontraría otro mejor que Reily, esta es la verdad.

—Pero desconfía de él, jefe.

—Sí, John.

—Entonces, haga una cosa: cambie de lugar el dinero.

—Sin decirle nada, ¿verdad?

—Por supuesto.

Mac Cortt guardó silencio un momento.

Luego dijo:

—Consideraré tu sugerencia, John. Pero ahora, casi tanto como Reily me preocupa Tres Equis. ¿Quién diablos puede ser ese misterioso sujeto?

—¿No le habló el profesor de algún enemigo de fuera?

Hubo una nueva pausa.

—No lo creo y, sin embargo, tiene que ser así —dijo El Emperador pasados unos instantes—. Sin embargo, el único que podría tener motivos para destruir mi organización es un tal Winslow, de Los Ángeles.

—Tenemos un corresponsal en Los Ángeles. ¿Por qué no le pide información acerca de Winslow?

—¿Para qué? Murió hace casi quince años, John.

—¿Está seguro de ello, jefe?

—Segurísimo. Lo maté yo mismo.

* * *

Con la mente en otra parte, Henry Biggs contemplaba un programa cultural de la televisión. Un profesor de su misma especialidad desgranaba una aburrida conferencia acerca del modo de influir en el subconsciente de las personas, introduciendo en su mente determinados estímulos que luego forzarían acciones contra las que la desobediencia a ejecutarlas sería punto menos que imposible.

—Todo consiste, sin embargo —decía el conferenciante—, en la cantidad de estímulos y el tiempo que el paciente haya sido sometido a tales estímulos. Se sabe positivamente que una publicidad dirigida y encauzada por tales medios resultaría nefasta; de hecho, se han realizado algunos intentos, pero más bien pruebas

técnicas, naturalmente, ignorando los sujetos que eran pacientes de tales pruebas, y los resultados fueron de tal naturaleza, que el Gobierno aprobó y promulgó una ley, prohibiendo tajantemente tal clase de publicidad...

Biggs pegó un salto en su asiento.

—¡Qué idea! —exclamó—. ¡Qué idea! Gracias, profesor Bronstein.

Y cerró el aparato, después de lo cual dio unas cuantas zapatetas de alegría.

—En mi caso, esto no está prohibido —se dijo—. Y no lo aplicaré más que a un solo paciente, de modo que... Pero, ¿cuál será el paciente más apropiado?

Biggs se dio unos cuantos paseos por la habitación. Al cabo de unos minutos, llegó a la conclusión de que Havis podía ser el paciente más adecuado.

En verdad, Havis era un sujeto sagaz y astuto, pero tenía la mente desarrollada bajo esquemas de violencia fuerza física. Según sus consideraciones, Mac Cortt y Slattery, más intelectuales, podían presentar una mayor resistencia mental al experimento.

Después de reflexionar largo rato, se acercó al teléfono, lo levantó y marcó un número.

—¿Quién es? —oyó una voz femenina segundos más tarde.

—Hank, Mildred. ¿Puedo pedirle un favor?

—¡Hank, qué alegría! Ha llamado muy oportunamente; precisamente ahora me disponía a salir de mi casa para el Gray's...

—Estupendo, Mildred. Del Gray's precisamente quería hablarle. Pero más en concreto de un tipo llamado Havis.

Mildred sintió recelos en el acto.

—¿Qué le ocurre con Havis, Hank? —preguntó.

—Recuerde el secreto que conoce ese tipo, Mildred.

—Sí. ¿Y...?

—¿En qué estado se encuentran sus relaciones con él?

—Bien, yo diría que tirantes... pero sé que le gusto, Hank.

—¡Estupendo! Mildred, ¿no podría intentar usted ser un... un poco amable con él?

—Hank, ¿por qué me propone una cosa semejante? —se dolió la muchacha.

—Por favor, Mildred, no piense mal de mí. Solo quiero que sea

amable con Havis, que le diga alguna palabra aceptable de cuando en cuando, alguna sonrisa... Y el día que yo le diga, invítele a que le acompañe a su departamento. Del resto me encargo yo, ¿comprende?

—No mucho, pero puesto que usted me lo pide...

—Hágalo, se lo suplico; verá cómo acabamos conociendo el escondite del dinero del Emperador.

—¿Usted cree? —preguntó ella esperanzadamente.

—Estoy seguro de ello, Mildred. ¿Lo hará?

—No lo haría si me lo pidiese otro, Hank. Esta misma noche empezaré mi campaña de ablandamiento, ¿no es eso lo que usted pretende?

—Justamente, Mildred. Una cosa; durante un par de días estaré sumamente ocupado. Si hubiese alguna novedad, no deje de llamarme, ¿entendido?

—De acuerdo, Hank. Y gracias por todo.

—Lo hago en mi propio interés, Mildred —contestó él suavemente—. Trate de entenderme, por favor.

—Sí, Hank, le comprendo perfectamente —respondió la joven, inválida por una alegría como hacía tiempo que no había sentido.

* * *

John Slattery era un tipo que no se fiaba de nadie. Sin embargo creía en las manifestaciones de su jefe: Biggs no era Tres Equis.

Pero indudablemente, el autor de las dos muertes tenía que ser un enemigo del Emperador, un antiguo resentido que buscaba su ruina, sometiéndole primero a una guerra de nervios.

Y si El Emperador se arruinaba, él se arruinaría también. El hecho de no haber recibido también cartas amenazadoras, como había sucedido con los demás pandilleros, incluido el propio Havis, no le inspiraba ninguna confianza en su futuro.

Tres Equis era un tipo que conocía bien a los miembros de la banda. Si no sabía su existencia, tarde o temprano acabaría por conocerla. Entonces, recibiría un balazo, perspectiva que no le causaba el menor entusiasmo.

Slattery era hombre que opinaba que la mejor defensa es un buen ataque. Ahora bien, se dijo, para atacar, es preciso conocer primero al enemigo. Y puesto que

Biggs está descartado o, por lo menos, puede ser vigilado, investiguemos primero en dirección del tal Winslow. A lo mejor, quién sabe, no murió y al cabo de los años ha vuelto para tomarse el desquite...

Y como consecuencia de tales razonamientos, en un momento que se le presento propicio y se quedó a solas en el despacho, pidió y obtuvo una conferencia telefónica con determinado número de Los Ángeles.

La comunicación se estableció bien pronto. Antes de un minuto, Slattery estaba hablando con el corresponsal de la organización en la ciudad californiana.

—¿Harv? Soy John Slattery. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente, John. ¿Todo bien por ahí?

—Así, así —dijo Slattery, haciendo una mueca—. Tenemos contratiempos, Harv.

—¿Graves?

—Por ahora, no, pero pueden llegar a serlo si no atajamos a tiempo la epidemia.

—¿Epidemia?

—Sí, se han producido un par de deserciones. Lástima, eran buenos chicos.

—Lo siento, John. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Quiero que realices unas pesquisas, rápida y eficientemente. Se trata de un tal Winslow.

—No lo conozco, John.

—Murió hace unos quince años. Sostuvo una discusión con un tipo que entonces era solo príncipe heredero.

El corresponsal captó el sentido de la alusión.

—Comprendo, John. ¿Nada más?

—Solo eso. Necesito la información con verdadera urgencia pero quiero que me la envíes a mí confidencialmente. Ya conoces mis señas particulares, ¿no?

—Desde luego. Oye, tengo para ti un reloj precioso. Te costará solamente cinco mil dólares.

Slattery también entendió la “alusión”. El reloj sería una baratija cualquiera que no valdría siquiera los sellos que se emplearían en el franqueo de correos. Lo que pretendía el corresponsal era cobrarse sus investigaciones.

—O.K., Harv —contestó—. Envíame el reloj. Su importe saldrá hoy mismo por correo para Los Ángeles. Pero no lo olvides; el informe, a mí, personalmente.

—Entendido. Adiós, John, y suerte.

—Lo mismo digo, Harv.

Slattey colgó el teléfono y se quedó pensativo unos momentos. ¿Quién sabía? A lo mejor, aquellos informes podían serle de notable utilidad más adelante.

Pero, sobre todo, la utilidad que más estimaba Slattey era la que podía obtener eliminando a Tres Equis.

Suponiendo que tuviese alguna relación con el tal Winslow, finalizó así sus meditaciones antes de continuar su apacible trabajo de contabilidad.

CAPÍTULO VII

EL profesor Biggs también trabajó intensamente durante casi tres días seguidos. Al terminar su labor, exhaló un suspiro de satisfacción y, para premiarse a sí mismo, se tomó un doble de buen whisky escocés.

Luego llamó a Mildred por teléfono.

—¿Cómo se siente en el papel de panal de miel? —preguntó humorísticamente.

—¡Uf! Necesitaría una tonelada de insecticida si ahora quisiera quitarme a ese moscón de en medio —contestó ella.

—Muy bien, vamos a intentarlo esta noche. ¿Cree que lo conseguirá?

—Sí, Hank. ¿Qué he de hacer?

—Nada del otro mundo. Simplemente, permitir que la acompañe a su domicilio.

—¿Solo eso, Hank?

—Nada más, Mildred. Es suficiente.

—¿Y después?

—No tema nada malo. Le aseguro que antes de veinticuatro horas, Havis nos habrá comunicado el escondite del dinero.

—¡Ojalá sea así! —murmuró ella esperanzadamente—. Cada vez que lo pienso, veo que tuve una magnífica idea al pedirle refugio en su cabaña.

—Sí, desde luego. Por cierto, ¿cómo se le ocurrió ir por allí, Mildred?

—Bueno, había llegado ya a un estado de desesperación tal que no sabía lo que me hacía. Aún no había podido acostumbrarme a la

idea de la clase de tipo que es El Emperador y sostuve con él una violentísima discusión. Sin darme mucha cuenta de mis acciones, agarré el coche y partí con rumbo indeterminado. No me importaba mi destino, con tal de alejarme del Gray's...

—Y apareció en mi cabaña.

—Sí, Hank.

—Está bien, Mildred. Fue una buena idea, en efecto. Tenga un poco más de paciencia, se lo ruego.

—La tendré, Hank. Por favor —rogó la cantante—, tenga cuidado. Esta gente es muy peligrosa.

Biggs se echó a reír.

—Solo con las armas de fuego —contestó.

—¿Y le parece poco? —se escandalizó Mildred.

—Muchacha, hurgar en la mente de una persona es infinitamente más peligroso que apuntarla con un arma de fuego. Y eso es lo que yo pienso hacer precisamente con Havis.

—Me da usted miedo, Hank.

—No soy Havis y no tiene que temer nada de mí. Además, no le causaré ningún daño físico ni mental.

—Le aseguro que no le entiendo...

—Ya se lo explicaré más adelante. Haga lo que le he dicho, Mildred.

—Sí, Hank, lo haré. ¿Cuándo nos veremos?

—Quizá esta misma noche, Mildred. Hasta luego.

—Adiós, Hank.

* * *

El señor Smith abrió el falso fondo de su maleta y contempló largamente su mortífero contenido.

Al cabo de unos momentos, eligió el revólver. Sacó el arma y comprobó cuidadosamente el buen funcionamiento del cilindro. Luego colocó el silenciador, después de lo cual guardó el arma en la funda sobaquera que se había puesto previamente.

A continuación, tomó un puñado de cartas que ya había escrito antes en una pequeña máquina portátil que había comprado en la ciudad. Cerró la maleta con llave, cerró igualmente el armario y luego se dirigió hacia la puerta de la habitación.

Oyó pasos que se alejaban rápidamente. El señor Smith torció el

gesto.

Una vez más, la señora Billes, había intentado fisgonear sus acciones.

—Tendré que darle un buen rapapolvo —masculó, mientras quitaba del pomo de la puerta la toalla con la cual había tapado el agujero de la cerradura.

Descendió al vestíbulo interior. La dueña de la pensión estaba tejiendo apaciblemente en el saloncito contiguo. El señor Smith se quitó educadamente el sombrero y salió a la calle.

La señora Billes le dirigió una mirada atravesada. ¡Qué huésped tan antipático! Resultaba intolerable no poder curiosear lo que hacía en su cuarto.

Además, ¿dónde trabajaba? ¿En qué se ocupaba? ¿Dónde obtenía el dinero que le permitía pagar la pensión con toda puntualidad?

—Ese tipo no me gusta nada, lo que se dice nada —murmuró, mientras movía las agujas con furia—. Si no fuese por temor a un resbalón, llamaría a la policía...

Pero la señora Billes, más que el resbalón, temía a la posible demanda por parte del señor Smith si sus sospechas resultaban infundadas. Y, además, ello resultaría una propaganda adversa para su negocio.

Los demás huéspedes, en efecto, podían sentirse enojados con una mujer que llamaba a la policía solo porque un tipo le resultaba antipático. No, lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso.

Sin embargo, el señor Smith, ¡tenía una cara tan acentuada de “malo” de película...!

* * *

El automóvil se detuvo junto a la acera y Mildred saltó ágilmente al suelo. Havis, ufano por la conquista, salió por la otra portezuela, dio la vuelta por delante del motor y se encontró con un tipo que le apuntaba con una pistola automática.

—Levante las manos o le frío, —dijo Biggs truculentamente.

Havis se quedó con la boca abierta de par en par. Mildred apretó los labios para no gritar.

¿Qué pretendía Hank?, se preguntó.

Para no comprometerle, prefirió callar. Biggs movió la mano

izquierda.

—Usted, señorita —dijo—, acérquese a ese hombre por detrás y quítele la pistola que lleva en la funda sobaquera.

Mildred obedeció. Havis no se atrevió a rechistar, temeroso de recibir un balazo en el estómago.

—Ya... ya está... —dijo la cantante a poco con un hilo de voz.

—Deme el arma —pidió Biggs.

Havis se daba a todos los diablos, intentando adivinar la identidad del sujeto cuyos ojos, cubiertos con unas grandes gafas oscuras, resultaban imposibles de ver. Le pareció que era una cara conocida, pero el profesor quedaba de espaldas a un farol cercano y la luz le daba a él de lleno en la cara, deslumbrándole e impidiéndole captar más detalles.

—Muy bien —dijo Biggs, cuando tuvo la pistola de Havis en su poder—. Ahora, los dos, van a subir a ese auto que hay delante del suyo, señorita. Usted guiará y el caballero se sentará muy quietecito a su lado. Havis, tenga presente una cosa: el menor gesto sospechoso le costará una bala en la cabeza.

Havis bramaba de ira. Él, un pistolero avezado, se había dejado sorprender como un novato. Devorando la rabia que sentía, ocupó el puesto señalado.

La pistola se apoyó en su nuca.

—Arranque, señorita —ordenó Biggs—. Yo le indicaré el camino.

Mildred dio media vuelta a la llave del gas y el motor se puso en marcha. Empezaba a tranquilizarse.

A fin de no comprometerla, Biggs fingía no conocerla. Era un recurso, claro que momentáneo. Pero así, Havis, temiendo por ella también, no intentaría ninguna reacción contra Hank.

El coche arrancó. Mildred conocía el camino, pero se dejó guiar mansamente, acatando en todo momento las indicaciones del psicólogo.

* * *

El señor Smith aguardaba pacientemente, oculto tras uno de los macizos de flores que bordeaban el patio de estacionamiento del Gray's.

Los últimos clientes desalojaron el local. Empezaron a salir los

esbirros de Mac Cortt.

Uno de ellos se detuvo en la puerta para encender un cigarro. Después de aspirar el humo miró a derecha e izquierda y luego se dirigió hacia su automóvil, situado a muy corta distancia del escondite del señor Smith.

Asió la manija de la portezuela. Entonces oyó una voz a sus espaldas.

—¿Fallon?

El pistolero se volvió.

—¿Quién es? —preguntó al no ver a nadie.

—¿Eres Fallon, sí o no? —preguntó el señor Smith.

—Pues claro que sí. Soy Fallon, pero, oiga, ¿por qué no asoma las narices...?

—Gracias, es todo lo que quería saber —contestó el señor Smith.

Y disparó cuatro veces seguidas al cuerpo del forajido.

Fallon exhaló un grito ahogado y retrocedió un poco, chocando contra el coche. Su brazo izquierdo se elevó convulsivamente, mientras, con el derecho se oprimía el pecho atravesado por los proyectiles.

Luego dio un par de pasos tambaleantes. Al fin, perdió las fuerzas y cayó de bruces, arañando un poco la tierra del suelo antes de quedarse completamente inmóvil.

Media hora después, el señor Smith, pacíficamente, arrojó un puñado de cartas a un buzón de correos.

El número de cartas había disminuido en dos unidades desde la primera remesa.

* * *

Una tenue claridad se divisaba ya hacia el este cuando Mildred detuvo su automóvil ante la cabaña del profesor.

Biggs saltó al suelo rápidamente.

—Apéense —ordenó.

Havis se bajó del auto.

—Oiga, quiero que me diga...

—¡Cállese y camine hacia esa cabaña! ¡No le permito hablar hasta que lo necesite! ¡Usted, preciosa, acompáñele también!

Brazos en alto, Mildred y Havis se dirigieron hacia la cabaña. Mildred abrió la puerta y cruzó el umbral, seguida de Havis.

Biggs entró el último y dio una orden:

—Retírese a aquel rincón y permanezca quieta, señorita.

Mildred obedeció. Entonces, Biggs indicó otra puerta con su pistola.

—Entre allí, Havis.

El pistolero se vio constreñido a acatar la orden. Abrió la puerta y divisó una habitación completamente vacía de muebles, cuya única ventana se hallaba sólidamente tapiada por unos gruesos tablones sujetos desde el exterior.

—Oiga, pero, ¿qué...?

La pistola se apoyó en sus riñones.

—Entre, Havis.

El forajido hervía de cólera. Cruzó el umbral y sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas con doble vuelta de llave.

Biggs se echó la llave y la pistola al bolsillo y lanzó un suspiro de satisfacción. Mildred corrió hacia él.

—Silencio —susurró el psicólogo, poniéndose un dedo sobre los labios.

Ella asintió. Biggs, acto seguido, salió fuera de la cabaña, para regresar con dos bultos en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha en voz muy baja.

—Los medios para forzar a Havis a que nos indique el escondite de los cinco millones.

—¿Y si no quiere?

Biggs sonrió.

—Será cuestión de tiempo, pero lo dirá —contestó—. Vuelva a su sitio y simule estar amenazada.

—Sí, Hank.

Biggs se dirigió de nuevo a la puerta de la habitación y la abrió. Havis le miró con furia.

—¿Puedo hablar? —preguntó.

—Sí, siempre que sea para decirnos el lugar donde Mac Cortt guarda cinco millones de dólares en efectivo.

El pistolero se quedó atónito.

—¿Quién diablos le ha dicho una cosa semejante? —barbotó.

Biggs sonrió plácidamente.

—No importa —contestó—. Pero si no quiere hablar, lo tendré encerrado hasta que se sienta inclinado a desatar la lengua.

—Está loco —se mofó el pistolero.

Biggs se encogió de hombros.

—A su gusto —dijo—. Pero no bromeo en absoluto y, si quiere salir, habrá de pagar con cinco millones de dólares. Ah, como preveo que su encierro va para largo, le traigo material para que se distraiga. Aquí tiene un proyector de cine, pantalla y una película de aventuras. Sabrá manejarlo, supongo.

Havis se quedó atónito. ¿No tenía delante a un demente, atacado por alguna forma extraña de locura?

Biggs sonrió con gran amabilidad.

—A mediodía, volveré para conocer su respuesta y le traeré comida y bebida. Mientras tanto, entretenga su encierro con una bonita película de aventuras

Y antes de que el sorprendido Havis pudiera reaccionar, Biggs cerró la puerta y se echó la llave al bolsillo.

CAPÍTULO VIII

BIGGS hizo una señal con la mano y Mildred le siguió silenciosamente hasta el exterior.

—¿Hablará? —preguntó ella con avidez.

—Seguro —respondió Biggs—. Ahora usted, lo que debe hacer es volverse a la ciudad.

Mildred sacudió la cabeza.

—No, me quedaré aquí hasta el atardecer. Así podré saber algo... y, en todo caso, no me echarán en falta antes del comienzo de mi actuación.

—Como quiera, Mildred. ¿Le parece bien que desayunemos?

—Sí, desde luego... pero antes me gustaría conocer el truco que va a emplear para que Havis suelte la lengua.

Biggs sonrió.

—Se llama parapsicología —contestó.

—¿Parapsic...? Y eso, ¿qué es? —se extrañó la muchacha.

—Sería largo de explicar, Mildred, pero la idea me la dio, aunque inconscientemente, por supuesto, una conferencia que pronunció por la televisión un colega mío. Se trata de influir en el subconsciente del sujeto, sin que este se dé cuenta de que está sometido a una influencia extraña, que le obliga a actuar aun en contra de su voluntad.

—¡Hipnotismo! —exclamó Mildred.

—No. El hipnotismo consiste en un sujeto receptor, que permite que otro se apodere de su mente. Yo no sabría dormir a Havis y ordenarle que me dijese cuál es el escondite de los cinco millones. Resultaría mucho más sencillo y rápido y por eso he echado mano

del recurso de la película... “drogada”.

—¿Una película drogada? Es lo más extraño que he oído en mi vida. ¿Acaso le ha puesto un perfume narcótico?

Biggs rio suavemente.

—Lo de la droga es pura metáfora —dijo—. Verá, hace algunos años se realizó un experimento consistente en intercalar, periódicamente, en la proyección de un film y cada determinado número de cuadros, un anuncio de propaganda de determinada bebida refrescante.

”Nadie vio ni leyó el anuncio, pero al terminar la proyección, la mayoría de los asistentes sentían sed... ¡y todos encargaron refrescos de dicha marca![1]

—Es asombroso —dijo Mildred—. Pero, ¿cómo...?

—Verá, normalmente, una película se proyecta a una velocidad de unos veinticuatro cuadros por segundo. La sensación de movimiento se consigue mediante el fenómeno denominado persistencia de las imágenes en la retina. Ya sabe, cada fotograma, en una carrera a pie, por ejemplo, registra una postura del atleta, que varía ligeramente en la siguiente imagen y así sucesivamente.

—Entiendo, Hank. Siga, por favor; esto es interesantísimo.

—Si se intercala un anuncio cada, digamos, diez segundos de proyección, o sea cada doscientos cuarenta fotogramas, el espectador no verá el anuncio; la imagen pasa con demasiada rapidez para que pueda captarla visualmente, pero la retina sí la capta y envía la imagen al cerebro, que sufre una impresión determinada.

”Con un fotograma solamente, la impresión se desvanecería enseguida, pero cuando el cerebro es “bombardeado” cada diez segundos, el subconsciente “almacena” esas mismas imágenes y el sujeto, así, siquiera sea momentáneamente, adquiere una obsesión que le lleva a realizar actos que no desearía *per se* poner en práctica.

—Comprendido, Hank. De modo que todos estos días...

—He estado “drogando” la película —sonrió él—. Fue una labor lenta y tediosa, pero creo que valdrá la pena.

—Así que cada diez segundos, Havis leerá...

—Leerá la frase siguiente: “¿Dónde están los cinco millones? Informa a tu guardián”. Nada más, Mildred.

Ella suspiró.

—Espero que dé resultado, Hank —dijo.

De pronto, miró al sicólogo.

—Pero luego recordará que ha hablado y...

Biggs sonrió.

—También tengo previsto ese caso —contestó.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Le retendré veinticuatro horas más y cambiaré la película, dejándole otra con una orden negativa, es decir, que olvide lo que le ha pasado aquí. Recobrará la memoria dentro de unos días, pero, para entonces, el dinero estará ya en nuestro poder.

Los ojos de Mildred relucieron.

—¡Resultará maravilloso, Hank! —exclamó. Luego dijo—: El día que vea al Emperador romper mi contrato, me parecerá un sueño.

—Pero luego tendremos que enfrentarnos con un problema, Mildred.

—¿Cuál, Hank?

—Los cinco millones. ¿Qué hacemos? ¿Devolverlos a su dueño, conociendo su ilegítima procedencia? Y si no lo hacemos así, ¿no incumpliremos el pacto establecido?

Mildred se quedó parada:

—Es verdad —musitó—. Hank, es todo un problema.

El profesor sonrió.

—En determinadas ocasiones, conviene posponer la solución de un problema... hasta que ese problema se presenta. Esperemos a enfrentarnos con Mac Cortt y entonces resolveremos lo más conveniente, Mildred.

* * *

Las horas transcurrían lenta y tediosamente para el prisionero.

Aunque estaba más calmado, la ira de Havis no había desaparecido por completo. Una y otra vez hacía planes para el futuro... para el futuro del profesor. El más suave que le prometía era una caldera de pez hirviendo.

La habitación no tenía nada de cómoda. Simplemente, carecía de muebles.

Cuando se cansaba de pasear como un león enjaulado, se sentaba en el suelo. Una o dos veces había probado la solidez de los tablones que cerraban la única ventana de que disponía la estancia,

pero bien pronto se había dado cuenta de que sin herramientas adecuadas era imposible escapar por allí.

De cuando en cuando, lanzaba una mirada al proyector de cine. Una sola lámpara que pendía del techo proporcionaba luz a la estancia. Havis ya sabía dónde había una toma de corriente.

Una vez le habían traído de comer. El profesor le había hecho retirarse al fondo de la estancia a punta de pistola. Havis se sintió tentado de arrojar la comida, pero se lo pensó mejor y se dijo que le convenía guardar las fuerzas para un momento de necesidad.

El tiempo pasó, hora tras hora. Havis ignoraba cuánto iba a durar su encierro. Lo único que sabía era que podría verse libre declarando el paradero de los cinco millones de dólares.

Pero no lo diría. A él le correspondía uno, por lo menos, y no iba a dejar escapar aquella fortuna. Podía aguantar.

De pronto, se le escapó un bostezo. Entonces se dio cuenta de que se aburría soberanamente.

Su vista se fijó en el proyector.

—Bueno —murmuró a media voz—, por lo menos, es un medio como otro cualquiera de matar el tiempo.

Agarró la pantalla, la desenrolló y la colgó de un clavo situado en una de las paredes. Luego, de rodillas, pues no tenía mesa siquiera, puso en la máquina el primer rollo.

Conectó el cable de alimentación y presionó el conmutador. La película empezó a desarrollarse, reflejándose en la pantalla.

Havis apagó la luz. Con filosófica resignación, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared.

Una figura muy conocida, que rugía en silencio, a falta de sonido, apareció en la pantalla. Después se vieron unas letras:

METRO GOLDWYN MAYER
presenta a
GARY COOPER Y GRACE KELLY
en
SOLO ANTE EL PELIGRO

A Havis le pareció una burla el título de la película.

—También yo estoy solo ante el peligro —se dijo melancólicamente.

* * *

En medio de un sombrío silencio, con Slattery y Dean Kregg a ambos lados de la mesa, Finn Mac Cortt leyó la carta que el último de los dos citados acababa de entregarle.

“El imperio cruje ya. Enney fue el número tres.
¿Serás tú el cuatro?”

“X X X”

—Los muchachos están... —empezó a decir Kregg, pero Mac Cortt no le dejó.

—Ya lo sé: temblando de miedo. ¡Está bien, que se marchen, si son tan cobardes! ¡No quiero gallinas a mi lado! ¿Lo oyes, Kregg? —vociferó Mac Cortt, lívido de ira—. Díselo así a todos, ahora mismo; que se vaya el que quiera. Pero el que me abandone, que no sueñe siquiera con volver a mi lado cuando me haya deshecho de ese misterioso “Tres Equis”. ¡Porque conseguiré encontrarle y entonces me cobraré estas tres muertes! ¿Lo has entendido, Kregg?

El pistolero hizo un signo de asentimiento.

—Sí, jefe...

—Entonces, ve a decírselo a todos. Y ya lo sabes; no retendré a nadie, pero no admitiré después a ninguno que se haya marchado.

—Así se lo diré, jefe.

Kregg empezó a andar hacia la puerta. Mac Cortt lo llamó de pronto:

—Oye...

—Dígame, jefe.

—¿Has visto a Reily?

—No, señor; desde anoche, en que salió acompañando a la cantante... y ya hace de ello más de veinticuatro horas...

—¿Dónde está Mildred?

—Cantando, por supuesto.

—Cuando termine su actuación, pregúntale qué sabe de Reily. Ven a decírmelo inmediatamente.

—Sí, jefe.

Kregg abandonó el despacho. El Emperador y su contable quedaron solos.

—¿Qué opinas tú, John? —preguntó Mac Cortt.

—¿Se refiere a Havis, patrón?

—Claro. ¿A cuál otro me iba a referir? Lleva ya veinticuatro horas largas sin dar señales de vida...

—Mi opinión sobre Havis es pésima, jefe —contestó Slattery sin rodeos.

Mac Cortt frunció el ceño.

—¿Crees que nos ha plantado? —preguntó.

—No tendría nada de particular.

—¿Llevándose...?

Mac Cortt no se atrevió a completar las frases. Un fuerte estremecimiento sacudió su cuerpo.

—¡Diablos, John! —exclamó—. Reily conocía el escondite del dinero. Si se lo ha llevado, cuenta que nos ha partido por la mitad.

—Quizá solo tomó una cantidad —apuntó el contable.

—Sí, para gastos de viajes —dijo Mac Cortt sarcásticamente—. Vaya, tenía a un cobarde como jefe de mis muchachos y no lo sabía. Si un día vuelvo a verle, se lo diré bien a las claras. Y luego le pegaré cuatro tiros, no faltaría más.

Los dedos del *gangster* tamborilearon sobre la mesa.

—De todas formas, si Havis se ha llevado el dinero, o solo parte del dinero, es tarde ya para actuar. Y si ha escapado tan aprisa que no ha querido perder tiempo en coger unos cuantos billetes, puede un día sentir la tentación de volver, sin decir una palabra, y arrear con todo. No, señor, no; vamos a evitarlo, John, y lo haremos después de que hayamos cerrado el local.

—¿Trasladaremos el dinero? —preguntó Slattery.

—Sí, justamente. Ten preparada la furgoneta de reparto. Yo mismo conduciré, ¿estamos? Ah, y no te olvides de poner dentro un pico y un par de palas; las necesitaremos para hacer un buen hoyo.

—De acuerdo, jefe.

Media hora después, llamaron a la puerta. Era Kreggh.

—Patrón, la cantante dice que Havis la acompañó hasta su casa, que tomaron un par de copas como buenos amigos, que luego se separaron, es decir, Havis la dejó y que ya no ha vuelto a verle ni sabe nada de él. Se mostró muy extrañada de que Havis no haya venido esta noche por el Gray's, a decir verdad. Habían quedado de acuerdo para salir juntos de nuevo y...

—Está bien —gruñó Mac Cortt, interrumpiendo a su sicario—. Ya me figuro lo que le ha pasado a Reily. Es un cobarde, así de sencillo. ¿Qué han dicho los demás?

—Se quedan, jefe —contestó el forajido.

—Bien —sonrió Mac Cortt—, eso me gusta. Habrá una gratificación extraordinaria para todos. Díselo así e invítales a una ronda por cuenta de la casa. ¡Que beban a la salud de Tres Equis! —terminó Mac Cortt con una estruendosa carcajada.

Kregg rio también. A veces, el jefe decía buenos chistes.

CAPÍTULO IX

DE repente, Reily Havis sintió la necesidad de hablar y comunicar a alguien un importante secreto que conocía.

Corrió hacia la puerta y golpeó la madera con los puños.

—¡Eh, abra! ¡Abra, maldita sea! ¡Tengo que decirle algo muy importante!

El profesor Biggs estaba medio dormido, reclinado en el diván, y se puso en pie de un salto al oír los golpes. Empuñó la pistola y abrió con la mano izquierda.

—Atrás —ordenó secamente—. Hable desde el centro de la habitación.

Havis retrocedió un paso. Estaba despeinado, con las ropas en desorden y le hacía falta un afeitado.

—Sé dónde están los cinco millones —dijo.

—Bien, le escucho —contestó el profesor sosegadamente.

—Mac Cortt tiene una casa de recreo a cuatro millas al N.O de la ciudad. La encontrará fácilmente; en la puerta figura su nombre.

—¿Y...?

—El dinero está escondido al pie de un pino situado a cuarenta metros de la parte posterior. Lo encontrará enseguida; no hay otro árbol en el jardín. Además, el hoyo está tapado por unas tablas, cubiertas de tierra y césped. A poco que golpee con el pie, percibirá sonido a hueco y...

Biggs sonrió complacido.

Su truco había dado resultados. Ahora, Havis estaba bajo la influencia de la orden grabada en su subconsciente por la contemplación de la película preparada en tal sentido.

—Muy bien, ha sido usted verdaderamente amable —dijo—. Espere unos momentos, por favor.

—¿Qué? —aulló el prisionero—. ¿No me va a soltar? Yo he cumplido mi parte, así que...

—Como comprenderá, no voy a dejarle en libertad con el tiempo suficiente para que vaya y advierta al Emperador —respondió el sicólogo—. No tema, le dejaré otra película para que distraiga su ocio. La otra ya la ha visto por entero, ¿verdad?

—Sí... ¡Maldita sea! ¡Yo no quiero ver más películas! ¡Quiero irme...!

Biggs se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no está en situación de elegir —contestó sin inmutarse.

Y cerró la puerta.

Cinco minutos después abrió y arrojó al interior un paquete con varios rollos de película. Havis le contemplaba en silencio, devorado por la rabia.

—Esta película es un poco distinta —sonrió el sicólogo—. Le divertirá; incluso se diría que la pasará más de una vez. Su título es “Los hermanos Marx en el Oeste”. ¡Un alud de carcajadas, créame!

Y cerró de nuevo, huyendo del alud y no de carcajadas, sino de maldiciones, que le dirigía el furioso pandillero.

—¡Qué lenguaje, santo cielo! —exclamó, horrorizado por lo que acababa de escuchar.

* * *

John Slattery acababa de preparar la furgoneta con las herramientas en su interior, cuando Stan O’Little se le acercó con un sobre de color amarillo en la mano.

—Un telegrama para usted, señor Slattery —dijo el pandillero.

—Gracias, Stan. ¿Todo bien?

—Sí, señor Slattery. ¿Quiere algo más?

—Eso es todo, Stan.

O’Little se alejó. Slattery rasgó el sobre y extrajo de su interior el despacho telegráfico.

Con gran atención leyó el informe que le remitía su “corresponsal” desde Los Ángeles:

“Richard Winslow, casado con Edna Brinkle, con un hijo nacido en 1940 llamado Gene. Antiguo socio de Finn Mac Cortt, muerto a balazos en 1953, ignorándose nombre matador aunque supónese fue el propio Mac Cortt, no existiendo pruebas del hecho. Winslow tenía un capital de 20.000 dólares, que no fue hallado jamás...”

Era suficiente, decidió Slattery, doblando el telegrama y guardándoselo en el bolsillo. Luego concluiría su lectura, aunque, de momento, ya conocía lo más importante.

Mac Cortt había asesinado y robado a su socio quince años atrás. Lo que sucedía, ¿no era el resultado de una lógica venganza?

En ese caso, ¿quién era el vengador?

La respuesta parecía sencilla: Gene Winslow, el hijo de la víctima. Pero, ¿qué aspecto tenía, si es que él era realmente el sujeto que se ocultaba bajo el pseudónimo de Tres Equis?

Sería cosa de enviar un telegrama al “corresponsal”, pidiéndole se hiciera con una fotografía de Gene Winslow. Era un paso sensato... pero ahora no podía entretenerse: tenía algo más urgente que hacer.

* * *

Henry Biggs oyó el chirrido de unos frenos en el exterior de la cabaña y corrió a la puerta.

El automóvil se había detenido. Su conductor apagó las luces y saltó al suelo.

Mildred alcanzó la veranda.

—¿Cómo va todo? —preguntó en voz baja.

—Perfectamente —respondió el sicólogo en el mismo tono—. Ya conozco el escondite del dinero.

—¿De veras? Es usted un tío con toda la barba, Hank.

Biggs sonrió complaciente. Agarró el brazo de la muchacha y la hizo entrar en la cabaña.

—No haga ruido con los tacones ni alce el tono —recomendó.

—¿Sigue encerrado? —preguntó Mildred.

Una sonora carcajada se oyó al otro lado de la puerta del improvisado calabozo de Havis. Mildred dirigió al profesor una

mirada aterrorizada.

—No se habrá vuelto loco, supongo —dijo.

Biggs sonrió.

—No. Ahora está iniciando la sesión de olvido —contestó—. Le intercalé una frase adecuada en la película y se le está grabando en el subconsciente, como antes se le grabó la orden de hablar. La película es de los hermanos Marx; eso explica la carcajada.

—Es usted terrible —sonrió ella, más tranquilizada—. ¿Por qué una película cómica?

—Hombre, como premio a su colaboración —dijo Biggs con buen humor—. ¿Una taza de café, Mildred?

—Sí, gracias.

La joven se quitó los guantes y los dejó con el bolso en el diván. Luego se sentó y esperó a que Biggs viniese con la cafetera y las tazas.

Mientras tomaban la infusión, el psicólogo preguntó:

—¿Qué novedades hay por el Gray's, Mildred?

—Algunas, Hank, a decir verdad —respondió ella.

—Bien, hable, la escucho.

—En primer lugar, la gente está nerviosa. El misterioso asesino ha dado muerte ya al tercero de los forajidos al servicio de Mac Cortt.

—Un ajuste de cuentas, no cabe la menor duda.

—Muy probablemente, también una venganza. Los “chicos” empiezan a desmoralizarse, aunque, de momento, continúan al lado del jefe.

—¿No se sabe quién es el asesino?

—No. La policía está también desconcertada y los periodistas lanzan hipótesis tras hipótesis.

—De todas formas, eso no va con nosotros, Mildred —dijo el psicólogo.

—Pero yo estoy en el centro de un volcán que en cualquier momento puede hacer erupción —se quejó ella—. ¿Qué pasaría si Tres Equis se fijase en mí y llegase a creer que pertenezco a la cuadrilla?

—¿Quién es Tres Equis? —preguntó Biggs.

—El asesino de los pistoleros —respondió la muchacha—. Los “chicos” le han dado este apodo, porque firma así sus cartas, las que

dirige a cada uno de ellos después de cometer una muerte.

—Entiendo —dijo el profesor—. Mildred, no creo que Tres Equis llegue a tales extremos con respecto a usted. Además, esta noche habremos terminado nuestra relación con El Emperador.

—¿Por qué dice eso, Hank?

—Después de que haya terminado su actuación, iremos a desenterrar el dinero. Entonces, con él en nuestro poder, forzaremos a Mac Cortt a que rescinda su contrato.

—Esta noche —murmuró ella—. Todavía no ha amanecido... ¡El tiempo se me hará interminable!

Biggs tomó una de sus manos.

—Tenga paciencia, Mildred. Ya falta poco y estas horas se le pasarán antes de lo que usted mismo cree.

—Si todo sale como dice, le estaré agradecida eternamente —manifestó la joven, mirándole a los ojos.

—Y yo me cobraré ese agradecimiento durante toda la vida, Mildred —aseguró él.

—¿Cómo, Hank? —quiso saber la muchacha.

Biggs rodeó inesperadamente con un brazo los hombros de Mildred.

—Soy soltero porque hasta ahora no había encontrado la mujer de mis sueños. Pero tuviste que venir a esta cabaña, en petición de ayuda, para que me diese cuenta de que el fin de mi soltería estaba muy próximo. Mildred, ¿quieres casarte conmigo?

Los labios de la joven temblaban al dar una respuesta positiva.

—Sí, querido, seré tu esposa.

Y cuando él se inclinó para besarla, Mildred se sintió invadida por una alegría infinita.

El encanto del momento se rompió bruscamente. Havis reía a mandíbula batiente.

—Está pasándolo en grande —dijo Mildred, con ojos muy brillantes.

—Es una película de mucha gracia, en efecto —sonrió él.

—A propósito, Hank; anoche me preguntaron por Havis. Yo le contesté lo que tú me habías sugerido: que me acompañó hasta mi departamento, que tomamos unas copas juntos y que luego se marchó y que ya no había vuelto a saber más de él. ¿Te parece bien mi contestación?

—Estupenda, querida.

—Pero ahora se me ocurre una cosa, Hank.

—Dime, Mildred.

—Inevitablemente, tendrás que soltar a Havis. Aunque en los primeros días calle y no sepa dónde ha estado, acabará por recobrar la memoria. Tú mismo lo has dicho, recuérdalo.

—En efecto —contestó el sicólogo—. Pero eso no debe preocuparte en absoluto.

—¿Por qué, Hank?

—Ya he tomado mi decisión. Una vez que Mac Cortt haya rescindido tu contrato, avisaré a la policía. Es jugar sucio, ya lo sé, pero no se pueden tener contemplaciones ni miramientos con un tipo semejante. Y, por supuesto, Havis, como su hombre de confianza... seguirá siéndolo también, pero en la cárcel, cuando los encierren a ambos.

Mildred respiró aliviada.

—Es la mejor solución, Hank —contestó; luego le miró sonriendo y añadió—. ¡Después de casada ya no podré cantar!

—Cantarás canciones de cuna —contestó él significativamente, mientras buscaba de nuevo sus labios.

CAPÍTULO X

EL hoyo había quedado terminado. Apoyado con una mano en el mango de la pala, John Slattery sacó un pañuelo con la otra y se enjugó el sudor de la frente.

Fuera del hoyo, junto a su borde, había un gran cajón de madera, con asas en dos de sus extremos. El cajón medía casi un metro de largo, por cuarenta centímetros de largo y otro tanto de ancho.

Fumando tranquilamente un largo cigarro, Mac Cortt esperaba, sentado en el propio cajón. La furgoneta se hallaba a pocos metros de distancia.

—Jefe, yo creo que el hoyo vale ya —dijo Slattery, respirando afanosamente a causa del ejercicio al que no estaba acostumbrado.

Mac Cortt hizo un gesto crítico.

—No está mal —contestó en tono aprobador.

—Lo hemos hecho muy hondo, demasiado, a mi entender.

—El otro era muy poco profundo, John.

—Sí, claro, pero este, me parece a mí...

—Es que este hoyo tiene un doble objeto, John: guardar el dinero y servirte de tumba.

Slattery lanzó un aullido de terror. Elevó los ojos y vio a su jefe que le apuntaba con una pistola provista de silenciador.

El hoyo medía un metro veinte de largo, por setenta u ochenta centímetros de ancho y casi dos de profundidad. Lanzando un alarido de pánico, Slattery abandonó la pala y saltó hacia arriba, intentando agarrarse con las manos al borde del hoyo.

El primer proyectil le alcanzó en el centro de la espalda, Slattery

sufrió un terrible estremecimiento y giró sobre sí mismo, para quedar hecho un ovillo en el fondo de la excavación.

Con espantosa sangre fría, Mac Cortt disparó dos veces más. Los movimientos del contable cesaron definitivamente.

—Lo siento —dijo Mac Cortt—, pero ahora, nadie, sino yo, conoce el escondite del dinero. Si Havis siente la tentación de ir al pino, se encontrará el hoyo vacío.

De pronto, reparó en un papel amarillo que sobresalía de uno de los bolsillos de la chaqueta de Slattery.

—¿Qué diablos es eso? —masculló—. ¿Quién le envió un telegrama?

Mac Cortt vaciló un momento, pero luego, atraído por la curiosidad, saltó al fondo del pozo, se agachó y sacó el telegrama, cuya lectura comenzó de inmediato. Al terminar, una expresión de cólera se formó en su cara.

—De modo que pediste esta información y no me dijiste nada —masculló airadamente, a la vez que dirigía una mirada al muerto—. Me parece que hice bien liquidándote, John, y no solo por cerrarte la boca.

Guardó el telegrama y salió del hoyo. Mientras rellenaba el hueco con la tierra extraída de su interior, después de haber guardado el cajón con el dinero, empezó a pensar que, efectivamente, Gene Winslow tenía muchas probabilidades de ser el misterioso Tres Equis, que ya había liquidado a tres de sus muchachos.

—Y quizá también a Havis —gruñó, sospechando que tal vez el asesino había escondido su cuarto cadáver.

Pero esta posibilidad no era para ser tomada en cuenta. A Tres Equis le gustaba ufanarse de su trabajo. Y de haber matado a Havis, ya lo habrían sabido de sobra.

Se preguntó cómo sería el hijo de su antiguo socio. De pronto, se le ocurrió una brillante idea.

El “corresponsal” de Los Ángeles no sabía que Slattery había muerto. Bastaría ponerle un telegrama en nombre del difunto y encomendarle la consecución de una fotografía de Gene Winslow. De este modo, sus muchachos podrían buscarle por toda la ciudad y, cuando lo tuviese en su poder, averiguaría si Winslow era o no Tres Equis.

Si la respuesta era afirmativa, su imperio no solo no se hundiría, sino que resurgiría más pujante que nunca.

* * *

Mildred Styles detuvo su coche junto a la acera y una sombra se destacó en el acto del portal de su casa.

—¿Hank?

—El mismo, Mildred.

Biggs llevaba en la mano un bulto que dejó en el asiento posterior. Mildred no hizo la menor pregunta al respecto, imaginándose sobradamente su contenido. El coche arrancó. A los pocos momentos, Mildred preguntó:

—¿Qué ha sido de Havis, Hank?

—Sigue encerrado en la cabaña. Le he dejado agua y comida. Volveré mañana para soltarle.

—Entiendo.

Callaron durante largo rato. A medida que se acercaban a su destino, Mildred se sentía más y más nerviosa.

—Tendría que gritar un poco; así me desahogaría —dijo, con forzada sonrisa.

—Es solo un poco de excitación. Se te pasará pronto, Mildred. Cuando veas una gran caja de madera, repleta de billetes.

—¿Te la describió Havis?

—Sí. Una vez se dio cuenta de que había soltado la lengua, ya no tenía motivos para callar otros detalles.

—Por supuesto.

Minutos más tarde, Mildred detenía el coche en las proximidades de la residencia campestre de Mac Cortt. La joven apagó las luces y saltó al suelo.

Biggs la aguardaba ya con el bulto de las herramientas en las manos.

—Iremos por la parte posterior, que es donde está en el pino —dijo.

Ella asintió. Cogidos de la mano; caminaron en silencio bajo la luz de la luna en cuarto menguante.

Poco después, se detenían al pie de la tapia, en la parte trasera del jardín. Por encima de la barda podían divisar las ramas del pino indicado por Havis.

Biggs había preparado una cuerda con gancho forrado de goma, La tapia, por otra parte, no tenía una altura excesiva.

Una vez hubo trepado él, ayudó a que lo hiciera la muchacha, quien descendió al jardín en primer lugar. Biggs la siguió y luego, los dos juntos, se aproximaron al pino.

Biggs empezó a pegar taconazos en el suelo. De pronto, su pie golpeó directamente en una madera.

—¡Hum! —dijo.

—¿Qué pasa, Hank? —preguntó Mildred.

Biggs prefirió callar por el momento. El ruido que acababa de escuchar le daba muy mala espina.

Sacó una pequeña linterna y alumbró el suelo. Una superficie de madera, de un metro de longitud, por sesenta centímetros de anchura, apareció inmediatamente ante sus ojos.

—¡El escondite! —exclamó Mildred sin poder contenerse.

—Sí, pero al descubierto —murmuró él sombríamente.

—¿Qué quieres decir, Hank? —preguntó la joven, alarmada.

—Estas tablas no deberían quedar al aire. Havis me dijo que el hoyo estaba disimulado bajo una capa de tierra y césped.

Mildred se cogió la cara con ambas manos.

—Abre, pronto —dijo con voz temblorosa.

Biggs se inclinó y agarró una pequeña asa que había en uno de los extremos de la tapa. Hizo fuerza y la cubierta giró hacia arriba.

Inmediatamente, enfocó el haz de rayos de la linterna hacia el fondo del hoyo.

—¡Está vacío! —gimió Mildred.

Con la cara contraída por la ira que sentía, Biggs dejó caer la tapa nuevamente. Apagó la luz de la ya inútil linterna.

Mildred se echó a llorar.

—Havis te ha engañado —dijo.

Biggs meneó la cabeza.

—No. Él no podía saber que Mac Cortt había cambiado el dinero de sitio. Y no hace mucho que eso ha ocurrido, porque se nota que lo hizo aprisa; tanto, que no se molestó en dejar el suelo tal como estaba. Lo que pasa es que Mac Cortt es un tipo listo y al notar la desaparición de Havis, receló algo.

"Probablemente, pensó que Havis se iba a llevar el dinero. Vino aquí, lo encontró y no quiso correr riesgos. Por eso lo cambió de

sitio, pero Havis no me engañó en modo alguno. Sencillamente, no podía.

Mildred se sintió un poco más tranquilizada.

—Entonces, ahora él no sabe el nuevo escondite.

—Desgraciadamente para nosotros, no, Mildred.

—¿Qué haremos ahora? Tú lo soltarás y dentro de dos días recobrará la memoria...

—Evitaremos que te perjudique —respondió él—. Se quedará en la cabaña. No está bien que lo haga, pero no puedo permitir que te cause el menor daño. Y tu seguridad es lo que más me importa por el momento, ¿comprendes?

—Sí, Hank. Entonces, ¿debo seguir en el Gray's?

—Desde luego. Continúa haciendo tu vida normal. Yo me ocuparé de Havis. Y de Mac Cortt también.

—¿Qué piensas hacer, Hank?

Biggs se frotó la mandíbula.

—Atrapar a Mac Cortt resultará un poco más difícil que a Havis. El Emperador lleva siempre consigo un par de guardaespaldas y no sé cómo quitármelos de en medio. Mientras se me ocurre una idea, sin embargo, iré preparando una nueva película para Mac Cortt.

—Y le sacarás el escondite del dinero.

Biggs reflexionó unos momentos.

—Sí, es lo mejor. Había pensado primero en imbuir en su subconsciente la orden de rescisión del contrato, pero inevitablemente, más adelante, se daría cuenta del engaño y continuaría molestándonos. Mildred, nos guste o no, hemos de quitarnos de en medio ese estorbo que es El Emperador. De otro modo, no viviremos en paz jamás.

Ella asintió incondicionalmente.

—Desde luego, no nos queda otra solución —concordó.

* * *

Cuando le concedieron la comunicación, Mac Cortt levantó el teléfono, puso un pañuelo sobre el micrófono a fin de disfrazar su voz y dijo:

—¿Harvis? Soy John.

—Hola, John. ¿Algo de nuevo?

—Gracias por tu telegrama. Me ha resultado bastante útil, pero

aún necesito más de ti.

—Bien, habla. Ah, a propósito; he recibido ya los cinco mil del ala. Gracias, John.

Mac Cortt hizo una mueca de rabia.

“Conque cinco mil, ¿eh? Ese Slattery trataba de tenderme un lazo. Bien, me alegro de haberme anticipado; ahora veo que se lo merecía”.

Levantó la voz.

—No tiene importancia, Harv; ya sabes, para algo estamos los amigos.

—Desde luego, John. ¿Sabe algo el jefe?

—No, claro, no seas tonto. Oye, lo de Winslow está muy bien, pero ahora necesitaría una fotografía del chico.

—¡Hum! Resultará un poco difícilillo —contestó el corresponsal.

—Tú eres un tipo listo y sabrás conseguirla. Te enviaré mil cuando la reciba. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, pero no me falles o se lo diré a tu jefe.

—Quédate tranquilo, Harv; tendrás la “pasta”. Pero procura actuar rápido; necesito la fotografía cuanto antes.

—La tendrás lo antes que pueda. ¿Algo más, John?

—No, eso es todo. Adiós, Harv.

—Adiós.

Mac Cortt colgó el teléfono y guardó el pañuelo de nuevo. Se puso un cigarro entre los dientes y meditó durante algunos momentos.

No le gustaba que la gente que trabajaba para él anduviese con tapujos. Harv había actuado a sus espaldas, entendiéndose directamente con Slattery. Un buen correctivo, se dijo, no le sentaría mal y le volvería al camino recto.

Primero, sin embargo, necesitaba la fotografía de Gene Winslow. Cuando la tuviese en su poder, sería cosa de encomendar a un conocido suyo la aplicación de una buena lección al corresponsal.

Tomada ya la decisión, alargó la mano y tocó el timbre.

Dean Kregg entró casi en el mismo instante.

—¿Jefe? —saludó cortésmente.

—¿Noticias de Reily?

—Ninguna, jefe.

—¿Cómo están los muchachos?

—Más animados —sonrió Kreggh—. Desde luego, si pescan a Tres Equis lo harán picadillo.

—¿Y la cantante, qué hace?

—Se porta bien. No hemos visto en ella nada de particular.

Mac Cortt sacudió la ceniza de su cigarro.

—Esa chica es una mina —dijo con acento satisfecho—. Gracias, Dean.

—Siempre a sus órdenes, ya lo sabe, jefe.

El pistolero se retiró. Mac Cortt frunció los labios delicadamente y envió a lo alto un anillo de humo.

Empezaba a pensar que quizá no estaría de más demostrar un poco más de atención, personal, por supuesto, a Mildred Styles. Bien mirado, era una chica muy bonita y, qué diablos, ¿no trabajaba para él, a fin de cuentas?

CAPÍTULO XI

SONARON unos fuertes golpes en la puerta. Lanzando un suspiro de resignación, Henry Biggs dejó el trabajo que tenía entre manos, agarró la pistola y se puso en pie.

Reily Havis le miró con los ojos inyectados en sangre. Tenía el pelo revuelto y su barba era ya de casi una semana.

—¿Cuándo me va a soltar? —bramó—. El encierro dura ya demasiado, ¿no le parece?

Biggs le miró sin pestañear.

Forzado por la necesidad, se había visto obligado a retener a Havis por más tiempo del previsto. Havis, ya sin proyector ni películas, había recobrado la normalidad de su mente.

—Lo siento —contestó—. Su encierro no depende solamente de mí, Havis.

—Le dije dónde guardaba Mac Cortt su dinero. ¿Qué más quiere?

—Mac Cortt se olió algo y lo cambió de escondite. Usted tiene que seguir aquí hasta que yo haya encontrado los cinco millones.

—¡Pero yo no sé dónde están ahora!

—Oh, si lo supiera, ya habría salido de la cabaña —respondió el psicólogo plácidamente.

Y sin atender a las coléricas respuestas del pandillero, cerró nuevamente.

Continuó su trabajo. A poco, se dio cuenta de que le faltaban elementos para concluir la tarea.

Hizo una mueca. No tenía otro remedio que ir a la ciudad.

El prisionero quedó solo. Biggs no sentía temor por Havis; sabía

que no podía escapar.

Estuvo haciendo compras. Como era de día, llamó a Mildred y habló con ella un rato, a fin de tranquilizarla, dando señales de vida. Luego decidió emprender el regreso a la cabaña.

De pronto, sintió apetito. Un bocadillo y una taza de café, se dijo le entonarían el cuerpo. Sin más trámites, se metió en la primera cafetería que le salió al paso y se acercó al mostrador.

Divisó una cara conocida. El dueño de la cara le miró con interés.

—¡Profesor Biggs! —exclamó el hombre—. ¡Qué alegría verle de nuevo! ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, sargento —contestó el psicólogo, estrechando la mano que le tendían—. ¿Cómo va su carrera?

—No puedo quejarme, profesor. Gracias al curso de Psicología que seguí con usted, me han propuesto para el ascenso a teniente.

—Le felicito, Corrigan. ¿Mucho trabajo por la policía?

El sargento Corrigan, de la División de Homicidios torció el gesto.

—No podemos quejarnos, profesor —masculló—. Hay un loco suelto por ahí, que anda “apiolando” a la gente. Ya ha asesinado a tres... ¿no ha leído los periódicos?

—Sí, pero creí que se trataría de tres asesinos distintos —contestó Biggs, fingiendo ignorancia—. En las tres muertes, se emplearon procedimientos diferentes

—Eso lo hizo para despistar, profesor, pero es el mismo. Personalmente, no me importaría que siguiera haciendo de las suyas, porque todas sus víctimas eran tipos indeseables, pero con razón o sin ella, no se puede permitir que un sujeto vaya por ahí tomándose la justicia por su cuenta.

—En eso tiene usted razón, Corrigan. Pero, ¿cómo ha llegado a la conclusión de que el autor de las tres muertes es una misma persona?

—Bueno, le diré... a fin de cuentas, la misión de la Policía es investigar, como usted sabe. Y buscando buscando, di con un detective privado que me confesó una cosa sorprendente. Hace algún tiempo, recibió un encargo de un tipo de Los Ángeles, un encargo más bien raro, créame.

”El hombre le pagó bien, créame, por supuesto; y el encargo

consistía en una relación, con nombres y fotografías, de todos los forajidos que trabajan para El Emperador. Supongo que habrá oído nombrar a ese rufián, ¿no es cierto, profesor?

Biggs hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Continúe, sargento; lo que me está contando es interesantísimo —dijo.

—Bien, casi está dicho todo. A fin de cuentas, el detective estimó que el encargo no contenía nada delictivo y cumplió a satisfacción del cliente. Cobró su dinero... y, a las pocas semanas, se produjo el primer asesinato.

—Un poco raro, ¿no cree, Corrigan? Esto da la sensación de un ajuste de cuentas... o de una venganza.

El sargento se encogió de hombros.

—Tanto da, profesor. El caso es que está diezmando a la banda del Emperador y, si bien, no deja de ser una limpieza para la ciudad, la ley es la ley y obliga a todos.

—Eso es muy cierto —convino Biggs—. Y dígame, sargento, ¿resultaría demasiado indiscreto por mi parte conocer el nombre del tipo que encargó semejante misión a su amigo el detective?

—No hay indiscreción, profesor —respondió el sargento—, porque ese hombre dio el nombre que emplea todo individuo que desea ocultar su verdadera identidad.

Biggs se echó a reír.

—Apuesto a que dijo llamarse John Smith, sargento —exclamó.

—Exactamente, profesor —confirmó el policía.

* * *

El señor Smith extrajo de su maleta una granada de mano y la estudió cuidadosamente durante algunos momentos.

Luego la hizo saltar en la palma de su mano un par de veces. Finalmente, acabó por guardársela en el bolsillo del impermeable.

Cerró todo cuidadosamente, como tenía por costumbre. A continuación, de puntillas, se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

La señora Billes se enderezó súbitamente, con la cara roja como una guinda.

—¿Decía, señora...? —preguntó cortésmente el señor Smith.

—No, nada... Simplemente... estaba limpiando el polvo de... de la puerta, señor Smith... —y tremendamente sofocada por la

vergüenza que sentía al haber sido sorprendida *in fraganti*, empezó a pasar una bayeta por el picaporte, mientras el señor Smith la contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Me agrada su alto sentido de la higiene, señora Billes —dijo el hombre, mientras terminaba de salir del cuarto. Giró un poco sobre sí mismo y cerró con doble vuelta de llave—. Adiós, señora Billes —se despidió.

—Adiós, señor Smith —contestó la dueña de la pensión.

Una vez más, la señora Billes se sintió inquieta y desazonada. ¿Debía avisar a la policía? ¿Era conveniente que comunicase sus recelos a un funcionario policial?

El temor al ridículo contuvo sus impulsos. Ciertamente, el señor Smith era un tipo raro, pero, ¿había de considerársele un criminal solo porque no le gustase su cara ni su modo de comportarse? No sé metía con nadie, no criticaba nunca, no chismorreaba, pagaba religiosamente...

Pero la señora Billes se sentía muy disgustada con su huésped. Cada vez que limpiaba la habitación, el señor Smith estaba presente.

Y la maleta estaba cerrada siempre con llave, lo cual le había impedido registrarla a su antojo. No, señor, aquel no era un huésped como Dios mandaba que debían ser todos los huéspedes.

Sin embargo, ¡era tan puntual en sus pagos!

* * *

Stan O'Little iba de un lado para otro, con aire desorientado. Mac Cortt, que ya se disponía a abandonar el local, lo notó y llamó a su esbirro.

—¿Qué te pasa, Stan? Pareces una gallina mojada...

—Buscaba al señor Slaterry, jefe. Hace ya días que falta y...

—Se largó, como el cobarde de Havis —dijo Mac Cortt tajantemente—. ¿Qué le querías decir, Stan?

—Oh, nada de particular; solo entregarle una carta que recibió esta tarde. Pero como no le encuentro...

—Dámela —pidió El Emperador—. Y ve preparando el automóvil.

O'Little obedeció sin rechistar. Mac Cortt tomó el sobre y lo rasgó.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Harv había sabido actuar rápida y eficientemente. Se merecía los mil dólares, pero también una buena paliza.

La fotografía que llegaba dentro del sobre le mostró a un hombre joven, de unos veintiocho años, de pelo negro y rostro cetrino y agudo. A pesar de los años transcurridos, Mac Cortt recordaba perfectamente las facciones de su antiguo socio.

—Te pareces a tu padre, Gene Winslow. Pero ahora ya te conozco y sé por qué estás aquí y qué es lo que pretendes. Bien, creo que no tardaremos demasiado en enfrentarnos tú y yo y entonces...

Guardó la fotografía en el bolsillo. Al día siguiente, se dijo, ordenaría que hiciesen numerosas copias para distribuirlas entre sus secuaces. De este modo, Winslow no tardaría mucho en ser hallado.

Avanzó hacia el automóvil, situado a unos cuarenta metros de distancia. O'Little tiraba en aquel momento de la portezuela para abrirla.

El pistolero oyó un raro chasquido. Frunció el ceño.

Antes de que pudiera adivinar la naturaleza del chasquido, vio alzarse ante él un enorme fogonazo. Ya no sintió más.

La explosión atronó la atmósfera. Mientras caía de espaldas, Mac Cortt vio volar por los aires un cuerpo humano. La metralla de la bomba se expandió silbando lúgubrementemente.

Mac Cortt quedó tendido en el suelo, ileso, pero lleno de pavor. La gente salía del Gray's chillando aterrorizada. Se oyó a lo lejos un alarido de sirenas policiales.

El automóvil ardía en pompa. Aturdido, con los oídos doloridos a causa del estallido, Mac Cortt consiguió sentarse en el suelo.

Kregh corrió hacia él.

—¡Jefe! —gritó.

La mano temblorosa del Emperador señaló hacia el bulto destrozado y envuelto en sangre que yacía a veinte pasos de distancia.

—Es... era Stan —dijo. Y luego, por una reacción muy natural, se desmayó.

* * *

Henry Biggs oyó el ruido de un automóvil en el exterior y salió

corriendo de la cabaña.

—¡Hank! —gritó Mildred, apenas le vio.

Biggs frunció el ceño. Mildred parecía muy alterada.

Saltó de la veranda al patio y corrió hacia ella.

—¡Mildred! ¿Qué te sucede? —preguntó lleno de alarma.

—A mí, nada —contestó la joven, abrazándole estrechamente—. Pero ha pasado algo horrible hace unas pocas horas... Oh, luego me fui a casa e intenté descansar, pero no podía y por eso vine aquí...

—Está bien, tranquilízate. Cuéntame lo que ha pasado, Mildred.

—Una bomba, Hank. El ruido fue espantoso. Alguien la colocó en el auto de Mac Cortt y cuando su conductor, Stan O'Little, fue a abrir la portezuela, tiró del seguro y la bomba explotó, destrozándole. Yo salí, vi aquel cuerpo en el suelo y... y...

Biggs rodeó con el brazo los hombros de la muchacha.

—No tienes por qué temer nada de ese hombre conocido por Tres Equis —dijo en tono persuasivo—. Su venganza, o su ajuste de cuentas, está dirigido contra Mac Cortt y su cuadrilla.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mildred.

—Me contó algo un sargento de la policía, que hizo un curso de psicología en mi cátedra. El muchacho quería progresar en el oficio y... Bien, como puedes suponer, la policía está haciendo investigaciones y ha logrado saber que hay alguien que detesta a Mac Cortt y ha empezado por sus secuaces.

—Sí, cuatro han muerto ya —convino la joven.

—Mac Cortt debe de figurar entre los próximos de la lista de John Smith —apuntó el psicólogo—. Por eso nosotros debemos darnos prisa, Mildred.

Ella le dirigió una mirada llena de interés.

—¿Tienes ya la película preparada?

—Sí. Solo nos falta el espectador.

—Será difícil traerlo aquí —alegó Mildred.

—Costará un poco, pero lo conseguiremos si sigues mis instrucciones al pie de la letra.

—Ahora estará más receloso que nunca, Hank.

—Me lo figuro, pero tú sabrás vencer sus celos. Recuerda que mientras él ande suelto, tú y yo no viviremos con tranquilidad.

—Sí, Hank.

—Ven conmigo a la cabaña —dijo Biggs persuasivamente—. Allí

te diré lo que debes hacer y el cómo y el cuándo. ¿Has comprendido?

—Sí, querido.

—Antes te tomarás una buena taza de café con coñac. Me parece que lo estás necesitando, ¿no es cierto?

Mildred hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Creo que sí, cariño —contestó. De pronto se apretó contra él—. Si no fuese porque debemos pensar en nuestro futuro, no volvería ya al Gray's.

—Pero tenemos que hacerlo; cada uno de nosotros debemos realizar nuestra parte, Mildred; así, nuestro porvenir quedará definitivamente despejado.

—Sí, desde luego, Hank.

Entraron en la cabaña. Cuando cruzaban el umbral, sonaron unos fuertes golpes.

Biggs se echó a reír.

—No es nada, querida —explicó—. Solo se trata de nuestro prisionero. Su encarcelamiento, sin embargo, no durará mucho —añadió con acento concluyente.

CAPÍTULO XII

MILDRED cantaba para un salón medio vacío.

El número de clientes del Gray's, había bajado de manera radical.

Los periódicos habían hablado largamente del asunto. Las muertes de los esbirros de Mac Cortt habían recibido una amplia publicidad. Dado que dos de ellas se habían producido prácticamente en la puerta del local, los efectos de los sucesos se reflejaban ahora ampliamente en los ingresos económicos.

La explosión de la bomba había hecho mucho ruido y no solo en las inmediaciones del Gray's. La gente, a decir verdad, no tenía ganas de verse en medio de un tiroteo, motivado por un ajuste de cuentas entre pistoleros.

Mac Cortt lo sabía también y al ver su local con menos de la mitad de la clientela habitual le producía verdadera furia.

Además, muchos de sus secuaces le habían abandonado. Ninguno de ellos sentía el deseo de ser el número cinco.

Mac Cortt tenía delante de sí la última carta expedida por el misterioso Tres Equis:

“O'Little ha sido el cuarto de la lista. ¿Quién será el número cinco? Si eres un tipo con idea, te largarás cuanto antes de la vecindad de Mac Cortt. Él está sentenciado a muerte y su imperio destinado a la ruina. ¡No te hundas con Mac Cortt!

”X X X”

Los efectos de la carta no habían podido ser más catastróficos.

Solo uno de sus pistoleros le había permanecido leal: Kreggh. Los demás habían huido cobardemente, dejándole solo.

Además, Mac Cortt empezaba a sentir miedo. Tres Equis, hasta el momento, había cumplido sus amenazas, sin que nada ni nadie hubiese podido evitarlo.

El reparto de fotografías de Gene Winslow había resultado infructuoso hasta el momento. Kreggh se había encargado de entregarlas a hampones, confidentes, ladrones, estafadores, corredores de apuestas y mujeres de vida fácil con la promesa de recibir mil dólares el que señalase el paradero de Winslow. Ninguno, sin embargo, había podido ganarse todavía la recompensa.

Mildred terminó su canción y recogió dos docenas de aplausos. Esta vez no hubo nadie que le pidiese un bis.

Mildred notaba la tensión en el ambiente. Los pocos que había esta noche en el local habían acudido con la vaga esperanza de presenciar un asesinato. Mildred concibió hacia ellos un infinito desprecio.

Abandonó el escenario y pasó a los bastidores. Un tramoyista llamó su atención:

—¡Señorita Styles!

Mildred se volvió. El hombre tenía un teléfono en la mano.

—Para usted, señorita —dijo.

—Gracias, Sam —contestó ella, tomando el aparato.

Se lo llevó a la oreja, apartando con un gesto maquinal de la otra mano su frondosa cabellera. Una voz conocida resonó al instante en sus tímpanos:

—¿Mildred?

—Sí.

—Todo listo. Cuando quieras.

—Está bien.

Mildred colgó el aparato y se dirigió a su camerino. Allí, se puso una bata sobre el vestido con que había actuado, después de lo cual salió y se encaminó directamente al despacho de Mac Cortt.

Kreggh guardaba fieramente la entrada. El pistolero le cerró el paso.

—Anúncieme a su jefe —pidió ella.

—Espere aquí —contestó Kregg secamente.

El pistolero entró en el despacho y volvió a salir pasados unos segundos. Se quedó en la puerta, mientras la muchacha cruzaba el umbral.

Mac Cortt se puso en pie al verla.

—¿Puedo servirla en algo, señorita Styles? —preguntó cortésmente.

—Sí —respondió la joven—. Deseo hablar con usted del local.

—Siéntese. —Mac Cortt enarcó las cejas—. ¿Qué le ocurre con mi establecimiento?

—¿Es que no lo ve? Se está quedando sin clientela, hombre.

—Es cosa pasajera. Dentro de una semana, todo será como era antes.

—La gente murmura mucho. ¿Es necesario que le diga acerca de qué versan sus comentarios?

Mac Cortt se sintió incómodo.

—Tonterías —farfulló—. Hay alguien que me quiere mal. Eso es todo.

—Muy mal debe de quererle, cuando ya han asesinado a cuatro de... sus empleados.

—Es una campaña terrorista. El Gray's da dinero. Tengo enemigos: quieren que venda, así de sencillo. Pero yo no venderé, ¿se entera? ¡No venderé!

Mildred sonrió, mientras se sentaba en un ángulo de la mesa. La bata resbaló en parte y una redonda rodilla, enfundada en seda negra, quedó al aire, pero ella no hizo nada por taparla.

—Está nervioso —dijo—. ¿Por qué no descansa un poco?

—No estoy nervioso... —Mac Cortt hizo una mueca—. Bueno, sí, algo sí; pero menos de lo que usted cree. Sin embargo, este no es el momento de tomarse unas vacaciones.

—¿Y quién habla de vacaciones? Simplemente, unas horas de relajamiento de los nervios. A veces, una hora o dos descansan tanto como dos días de vacaciones.

El Emperador la miró fijamente. ¿Aquella chica, qué se proponía?

Hasta entonces, había sido una mujer invulnerable a los halagos masculinos. ¿Se iba a rendir ahora?

—¿Qué me está proponiendo? —preguntó, con la sonrisa en los

labios.

—¿Yo? Nada, simplemente. Lo que pasa es que esta noche no tengo quién me acompañe a casa, eso es todo.

—¿Le importaría que la acompañase yo?

Mildred fingió vacilar.

—Hombre... si me da seguridades...

—Todas las que usted me pida, señorita Styles —contestó el *gangster* atropelladamente.

—Oh, no me refería a usted, sino... a ese misterioso tipo que anda por ahí pegando tiros o poniendo bombas en las puertas de los coches.

El Emperador palideció.

—No me lo recuerde, por favor —gruñó—. Y no tema; ese sujeto no nos hará nada...

—Siendo así... —Mildred se apeó de la mesa—. Voy a cambiarme de ropa. Le llamaré por el teléfono interior cuando esté lista.

—Conforme.

Mildred abrió la puerta. La figura de Kreggh quedó a la vista.

—¡Dean, prepara mi coche! —ordenó Mac Cortt con voz rotunda.

—Está bien, jefe —Kreggh miró a la joven, la vio sonreír, vio que El Emperador sonreía también y comprendió lo qué ocurría—. Sí, jefe, —añadió—, ahora mismo preparo el coche.

* * *

El señor Smith abrió el falso fondo de la maleta y sacó su revólver provisto de silenciador. Tras maduras reflexiones, había llegado a la conclusión de que era el arma que necesitaba.

Consideraba la situación lo suficientemente “madura” como para llegar a la solución definitiva. Mac Cortt debía de morir aquella misma noche.

Una vez revisado el revólver, lo guardó en la funda sobaquera. Por si era necesario, se echó al bolsillo una bomba de mano. Confiaba en no tener que usarla, pero las precauciones, en el momento del último acto de la función, nunca estaban de más.

De pronto, oyó pasos precipitados en el pasillo.

Se volvió. Una maldición se escapó inmediatamente de sus

labios.

La toalla que había puesto sobre el pomo para tapar el agujero de la cerradura estaba en el suelo.

Indudablemente, la había colocado mal y había resbalado. Era suficiente para que la señora Billes hubiese visto lo que estaba haciendo.

—¡Maldita bruja fisgona! —masculló.

Avanzó hacia la puerta y la abrió con todo cuidado. De puntillas recorrió el pasillo y se asomó a la escalera. Al pie de la misma estaba el teléfono.

La señora Billes se sentía horrorizada. Su huésped, ¡qué horror!, era un forajido. Ella no había tenido nunca en su pensión huéspedes de semejante catadura. ¡Qué descrédito, Dios santo!

La policía debía tener conocimiento inmediato de lo que ocurría. ¡No faltaba más! ¡Un pistolero en su casa! ¿Qué dirían los otros pensionistas?

Descolgó el teléfono precipitadamente. Se le cayó de las manos a causa del nerviosismo que sentía y le costó varios intentos recogerlo de nuevo. Luego, instintivamente, lanzó la vista hacia lo alto de la escalera, mientras se disponía a pedir a la central que le pusieran con la Jefatura de Policía.

Las palabras se helaron en sus labios. El señor Smith la apuntaba silenciosamente con su revólver.

El señor Smith hizo una señal con la mano izquierda. La señora Billes le comprendió sin necesidad de más palabras.

Colgó el teléfono maquinalmente. Transida de horror, emprendió la ascensión. Al llegar arriba, el señor Smith le indicó el camino de su cuarto.

La dueña de la pensión obedeció. El señor Smith cerró la puerta una vez estuvieron dentro de la habitación.

—Debería matarla para evitar que hablase —dijo con fría cólera—. Pero su suerte, bruja entrometida, es que no tengo nada contra usted, así que me contentaré en atarla y amordazarla. No hable una sola palabra, no grite o llenaré de plomo su asqueroso cuerpo.

La señora Billes abrió la boca. Solo sonidos inarticulados brotaron de su garganta. De pronto, cerró los ojos y cayó al suelo.

El señor Smith guardó el revólver.

—Mejor que se haya desmayado —murmuró—. Eso facilitará las

cosas.

Y luego, sin perder de vista a la dueña de la pensión, se dedicó a rasgar una sábana en tiras para atar a la curiosa señora Billes.

* * *

Dean Kregg se sentía satisfecho.

La revisión del automóvil había dado un resultado óptimo: no había bombas ni cartuchos de dinamita conectados al arranque eléctrico; los frenos y la dirección estaban en perfecto estado, no había por qué sentir el menor temor.

Se sentó tras el volante. Apenas lo había hecho, sintió en su nuca el frío contacto de un arma de fuego.

Kregg maldijo entre dientes. Precisamente, el único lugar que no había revisado era el departamento posterior.

El sudor empezó a correrle a chorros por la cara. ¡Tres Equis le había cazado!

Una voz dijo a sus espaldas:

—No te muevas o eres hombre muerto.

Kregg se convirtió en una estatua. El corazón le latía alocadamente dentro del pecho.

De pronto, notó que le ponían delante de las narices un algodón empapado en un líquido que despedía un penetrante olor dulzón.

—Es solo cloroformo —dijo la misma voz—. Respira hondo unas cuantas veces; es preferible dormir un par de horas que no toda una eternidad.

Kregg hizo lo que le decían. Al cabo de un minuto, se dobló a un lado y empezó a roncar.

El automóvil estaba en un lugar apartado del patio de estacionamiento. Henry Biggs sacó el cuerpo inanimado del pistolero y lo arrastró detrás de unas matas.

Estuvo agachado unos momentos. Cuando se incorporó, llevaba puestos el sombrero y la chaqueta de Kregg.

Regresó al automóvil. Dio media vuelta a la llave del contacto y el motor arrancó con suave ronroneo. Luego movió el vehículo y fue a situarlo ante la puerta de actores del Gray's, procurando elegir un sitio que dejarse su cara en sombras.

CAPÍTULO XIII

EL señor Smith detuvo su automóvil a prudente distancia del Gray's, pero no tan lejos que no pudiera vigilar el local con toda facilidad. El sombrero echado sobre los ojos, las manos enguantadas en el volante, aguardó con paciencia oriental.

El señor Smith se imaginaba que El Emperador saldría acompañado de uno o dos de sus pistoleros como mínimo. El problema, sin embargo, estribaba en desembarazarse de los guardaespaldas.

Confiaba en los efectos de la sorpresa. Seguiría a Mac Cortt hasta su alojamiento —ya había dedicado largos días a estudiarlo convenientemente— y una vez allí, trataría de hallar el mejor medio de eliminar los estorbos que le impidiesen llegar hasta su víctima.

Podía haber empleado el rifle, pero no quería hacerlo. Deseaba que El Emperador supiese quién le mataba. Disparar desde cien metros de distancia, en este caso, no tendría gracia alguna.

Los minutos fueron pasando lentamente. Al fin, el señor Smith vio que Mac Cortt salía del local en compañía de una hermosa muchacha.

El señor Smith se puso rígido. ¿Qué diablos iba a hacer aquel miserable con la chica? Las mujeres eran siempre una complicación. Después de lo que sucedía, ¿todavía tenía ganas de jarana El Emperador?

Mac Cortt y la joven entraron en el automóvil que les aguardaba frente a la puerta de actores. El señor Smith se mordió los labios con furia.

Muy bien, no tenía nada contra la chica y, si le era posible, tampoco le causaría el menor daño. Pero ella no representaría obstáculo alguno para la eliminación de su víctima.

El automóvil del Emperador pasó a corta distancia del suyo. El señor Smith dejó que el vehículo se adelantase cosa de cien metros y luego puso en marcha el motor. Las luces rojas del automóvil de Mac Cortt le sirvieron de guía en la oscuridad.

* * *

Mildred se sentía tremendamente nerviosa. Mac Cortt charlaba a su lado con notable tranquilidad, como si no ocurriese nada. ¿Qué hacía Hank? ¿Por qué no le daba la señal?

De pronto, el conductor tosió tres veces. Mildred cerró los ojos un instante.

El momento tan temido había llegado. Abrió el bolso y sacó un pequeño revólver, la boca de cuyo cañón apoyó en la sien del Emperador.

Mac Cortt pegó un respingo.

—¿Qué diablos...?

—Estese quieto y no le pasará nada, señor Mac Cortt —dijo la muchacha, dominando valientemente su nerviosismo.

—De modo que eras tú... tú y ese tipo que está ahí tras el volante —masculó el forajido, creyendo comprender la verdad.

—Nada de eso, Emperador —intervino Biggs—. Si usted cree que la señorita Styles o yo tenemos algo que ver con Tres Equis está muy equivocado.

—¿Quién diablos es usted? —masculó El Emperador.

—¿No me recuerda? Estuvo a visitarme un día en mi casa. Profesor Biggs, señor Mac Cortt.

—Biggs —repitió Mac Cortt rabiosamente—. Está bien, si no tienen nada que ver con Tres Equis, ¿qué diablos es lo que quieren de mí?

—Tenga un poco de calma, se lo suplico —dijo el psicólogo—. De una cosa puede estar seguro: no vamos a asesinarle.

Mac Cortt respiró más aliviado.

—Si se trata de dinero...

—Caliente, caliente —respondió Biggs de buen humor—. Pero, repito, las conversaciones para más adelante. ¿Todo bien, Mildred?

—preguntó.

—Sí, Hank —contestó la cantante.

—¡Brava muchacha! Está bien, Mildred, sigue como hasta ahora. Yo te diré cuándo hemos de cambiar de sitio. Pero no separes el revólver de la cabeza de Mac Cortt.

—Descuida, Hank.

Mac Cortt cruzó los brazos y se relajó en el asiento. Llevaba una pistola en la funda sobaquera, pero no cometió la imprudencia de intentar sacarla.

Las mujeres eran muy nerviosas. Si a la chica se le iba el gatillo... Y, sobre todo, era preciso tener en cuenta que no pensaban matarle.

Era cuestión de dinero, simplemente; y el dinero no era cosa que le apurase demasiado.

Media hora después, Biggs desvió el coche y lo detuvo a un lado de la carretera.

—Cuidado, Mildred —advirtió.

—Sí, Hank.

Biggs se apeó. Abrió la portezuela del lado de Mac Cortt y le registró, arrebatándole su pistola.

Luego pasó al otro lado.

—Coge tú el volante, Mildred —dijo.

La muchacha se apeó. Biggs tenía en la mano su propia pistola. Y se sentó a la derecha del *gangster*.

—¿Aún no ha llegado el momento de hablar? —preguntó Mac Cortt.

—Es un poco temprano todavía, pero no tema; ya le tocará el turno de responder a nuestras preguntas.

—¿Usted cree? —se mofó el rufián.

—Claro que sí, hablará, no le quepa la menor duda.

Quince minutos después, Mildred dejó escapar una exclamación, a la vez que realizaba una brusca maniobra con el volante.

—¿Qué pasa? —preguntó Biggs.

—Un peatón me hacía señas para que me detuviese —contestó la muchacha—. Me pareció que era Havis, aunque no estoy segura de ello.

—¡Havis! —resopló Mac Cortt.

Biggs soltó una risita.

—Cuando llegue a la ciudad, tendrá los pies en carne viva —dijo.

—De modo que ustedes lo tuvieron prisionero durante todo este tiempo —masculló El Emperador.

—Así, es, amigo.

—¿Por qué? ¿Para qué querían retenerlo?

—Despacio, Emperador. He soltado a Havis, a causa de la ley de la impenetrabilidad. Donde él estaba, no podía estar usted, ¿comprende?

—¿Es que voy a ocupar su puesto?

—Justamente, Emperador. Padecerá unos días de soledad... o unas horas, eso depende de usted, claro; pero aparte del aburrimiento, puedo garantizarle que, por nosotros, no sufrirá el menor daño físico.

* * *

El huésped que dormía debajo del cuarto ocupado por el señor Smith, despertó pasada la media noche al oír unos extraños golpes que sonaban en el techo de su habitación.

Los golpes se repitieron largamente. Alarmado, el hombre se levantó, metió los pies en unas zapatillas, se puso la bata y salió de su dormitorio.

Subió al piso superior, guiándose por el ruido de los golpes, que se repetían monótonamente. Abrió la puerta y se encontró con el espectáculo de la señora Billes tendida en el suelo, con la boca tapada por un trozo de sábana y convertida lo que se dice en un salchichón.

El paso siguiente, después de desatar a la mujer y darle una copa para que se entonara fue, lógicamente, avisar a la policía.

* * *

Biggs señaló la puerta con la mano izquierda. La derecha le servía para sostener la pistola con la que encañonaba al *gangster*.

—Ese será su encierro hasta que hable, Emperador —indicó.

—¿Hablar... de qué, profesor?

—De los cinco millones que usted guarda en un nuevo escondite. Havis nos dijo el viejo, pero cuando llegamos allí, usted se había olfateado el peligro y había cambiado el dinero de lugar.

Mac Cortt se puso pálido.

El cadáver de Slattery estaba con el dinero.

Aparte de la pérdida que le supondría delatar el escondite de los cinco millones, el cadáver de Slattery le enviaría a la silla eléctrica.

—No hablaré —dijo.

—Muy bien. Esperaremos, no tenemos prisa —contestó el sicólogo sin inmutarse.

—¿Green que estoy loco para entregarles esos cinco millones? —exclamó Mac Cortt—. Antes me dejaría cortar un brazo...

—No será necesario llegar a tales extremos —sonrió Biggs—. Aguardaremos todo el tiempo que sea necesario, Emperador.

—Seamos razonables —dijo Mac Cortt, tratando de hallar una salida diplomática—. Puedo darles dinero, bastante dinero, cien, doscientos mil incluso, pero cinco millones...

—No rebajaremos un solo centavo —terció Mildred firmemente. Mac Cortt miró a la cantante.

—¿Para qué quiere tanto dinero?' —preguntó.

Mildred se volvió hacia Biggs.

—¿Se lo explico, Hank? —solicitó.

—Adelante, querida —contestó el sicólogo de buen humor.

Ella se enfrentó con Mac Cortt.

—Se lo diré claramente, Emperador —habló con voz firme—. En primer lugar, quiero rescindir el contrato que me liga a usted como una esclava.

—Oh, si solo es eso... Considérelo resuelto, señorita Styles —dijo Mac Cortt con acento magnánimo.

—Pero no es todo —siguió la muchacha—. Voy a casarme con el profesor. Usted es un sujeto vengativo. No nos dejaría vivir en paz, ¿comprende?

—Le doy mi palabra de que...

—La palabra de un *gangster* no puede ser tomada en cuenta —dijo Mildred despreciativamente—. Necesitamos otro género de seguridades.

—Se guardarán el dinero.

—No. Lo entregaremos a la policía. Usted tendrá que explicar muchas cosas y los agentes del fisco querrán conocer la procedencia de esos cinco millones y las causas por las que no ha pagado los impuestos correspondientes. Con usted en la cárcel estaremos

seguros.

El pecho de Mac Cortt se hinchó a impulsos de la ira que sentía.

—¿Y creen que yo mismo voy a ser tan tonto como para decir algo que puede costarme unos cuantos años de presidio?

—Bien, la solución está en sus manos —intervino Biggs de nuevo—. Ahí adentro tendrá ocasión de meditar largamente sobre las fragilidades y desdichas de este mundo cruel. Nosotros no tenemos prisa, Emperador, créame. Ah, y para que no se aburra mientras dura su encierro, le dejo un proyector con una serie de películas muy divertidas, se lo aseguro.

Hizo un signo con la mano. Mac Cortt, despidiendo rayos de cólera por los ojos, retrocedió un par de pasos.

La puerta se cerró con doble vuelta de llave. Biggs guardó la pistola en el bolsillo y, volviéndose en redondo, abrazó estrechamente a la joven.

Después de besarse, Mildred preguntó:

—¿Crees que resultará, querido?

Biggs hizo un guiño de ojos.

—Positivamente, amor mío —respondió—. Será cuestión de paciencia, pero puedes tener la seguridad de que antes de que acabe el día estarás definitivamente libre.

Todavía abrazada a él, Mildred le miró con expresión jubilosa.

—¿De veras crees que voy a quedar libre?

Biggs sonrió.

—Me parece que este género de sujeción no te resultará demasiado oneroso —contestó.

—De ninguna manera, querido —dijo ella, empinándose para besarle de nuevo.

* * *

¡Pffff...!

El aire se escapó súbitamente de la rueda delantera izquierda cuando un canto aguzado hizo un agujero más que regular en la cámara. Aunque iba a moderada velocidad, el señor Smith no pudo evitar que el coche se le fuera de las manos durante unos instantes.

Un árbol le salió al encuentro. El señor Smith aplicó el freno a fondo, pero ya era tarde.

¡Pam!

El golpe no fue demasiado fuerte. Se rompió el faro de aquel lado, la parrilla y el parachoques quedaron hechos una lástima y la aleta recibió una abolladura más que regular.

El señor Smith no recibió daño alguno, excepto una sacudida un poco fuerte. Pero su frente ni siquiera llegó a golpear con el parabrisas.

Apagó el contacto furiosamente. El accidente venía a producirse en el momento menos deseado.

Abrió la portezuela y saltó al suelo.

Con la ayuda de una linterna que sacó de la guantera, examinó los daños. Las abolladuras no eran cosa de importancia. Haciendo un poco de fuerza, podría dejar el espacio libre para que la rueda de repuesto, una vez colocada, pudiera girar sin dificultades. Todavía, por otra parte, le quedaba un faro para alumbrarse el camino.

Luego se le ocurrió levantar la tapa del motor. Entonces sí que torció el gesto.

El golpe había empujado el radiador hacia adentro y la hélice del ventilador, girando todavía, había roto unos cuantos alvéolos, por los que se derramaba lentamente el agua de la refrigeración.

En aquellas condiciones era imposible soñar en reanudar la marcha a bordo del vehículo.

El señor Smith cerró la tapa con un fuerte golpe. Luego dirigió su vista hacia el angosto camino que corría entre los pinos que blanqueaba en la oscuridad de la noche.

Aquel camino, estaba seguro, no podía conducir más que a un sitio. Apretando los dientes, poseído por un obsesionante deseo de venganza, el señor Smith empezó a andar sin más vacilación.

CAPÍTULO XIV

EL agente Herley bajó del piso superior con una maleta abierta en las manos.

—Vea lo que he encontrado en la habitación del señor Smith, sargento —dijo.

Corrigan examinó el contenido de la maleta.

—Muy interesante —dijo—. Un arsenal completo... y todas las armas que sirvieron para eliminar a los compinches de Mac Cortt. Pero falta el revólver —observó de pronto.

—Lo llevará él encima —sugirió el agente.

—Sí, muy probable. —Corrigan se volvió hacia la dueña de la pensión, quien todavía no se había recobrado del susto recibido—. Entonces, ¿él solo dijo llamarse John Smith?

—Así ocurrió, sargento —contestó la señora Billes con voz desmayada—. Si yo lo hubiera sabido...

Corrigan metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía que enseñó a la atribulada mujer.

Algunos de los confidentes de Mac Cortt lo eran también suyos. Por eso había llegado aquella fotografía a sus manos.

—¿Reconoce a este hombre como el señor Smith?

—¡Sí, el mismo! ¡Ese miserable asesino, que aprovechándose de mi benevolencia...!

—Ese hombre no se llama Smith, sino Gene Winslow —afirmó Corrigan—, y es hijo de un individuo del que se sospecha fundadamente murió asesinado hace quince años por Finn Mac Cortt. Pero eso no le interesa a usted, señora Billes. Quédese tranquila; su huésped no volverá a molestarla.

Corrigan se volvió hacia su acompañante.

—Herley, hay que dar una alarma general —dispuso—. Dos hombres quedarán aquí, por si Winslow tuviese la ocurrencia de regresar.

—Muy bien, sargento.

—El domicilio particular de Mac Cortt y el Gray's serán asimismo estrechamente vigilados. Cualquier novedad debe serme comunicada inmediatamente, no importa la hora que sea ni el lugar en que me encuentre.

—Se hará, sargento.

—Muy bien, Herley; quédese aquí hasta que llegue el relevo. Mientras, use el teléfono de la señora Billes para hacer lo que le he dicho. Yo voy a ver qué encuentro en el domicilio de Mac Cortt.

Lanzó un suspiro.

—Espero llegar a tiempo para salvarle la vida, aunque bien sabe Dios que no se lo merece —concluyó con un gruñido de disgusto. Tener que proteger a un notorio *gangster* era algo que le sentaba como un tiro.

* * *

El león rugió de nuevo, pero no se oyó ningún sonido.

Aburrido y fastidiado, pero resuelto a no hablar bajo ningún concepto, Finn Mac Cortt, al cabo de largas horas, se dispuso a seguir los consejos de sus captores.

Unas letras enormes aparecieron en la pantalla:

METRO GOLDWYN MAYER

presenta a

CHARLTON HESTON

en

BEN-HUR.

Una historia de los tiempos de Cristo.

Según la obra del general

LEWIS WALLACE.

Mac Cortt emitió un bufido de desprecio.

—Una película de “romanos” —masculló—. Si al menos hubiese sido de vaqueros...

Pero como no tenía otra cosa, hubo de resignarse con contemplar las peripecias de un muchacho hebreo que había vivido en los tiempos en que Jesucristo iba predicando el Evangelio por la Tierra.

* * *

Rendido, pero con el espíritu de venganza intacto, Gene Winslow llegó al borde del claro donde terminaba el camino que había seguido durante largas horas después del accidente.

Agachado tras unos arbustos, cuidando de no ser visto, escrutó el panorama que se ofrecía ante sus ojos. Divisó la cabaña y a una pareja plácidamente sentados en la veranda, ocupando sendas hamacas.

La mano de Winslow, antes Smith, tanteó la culata de su revólver. Allí debía de hallarse su odiado enemigo. ¿Eran aquellos dos cómplices suyos?

Por los informes recibidos, no tenía la menor noticia del hombre y de la mujer. De ella sabía que cantaba en el Gray's, pero al hombre no le conocía en absoluto.

Las gafas le conferían un aire universitario. Claro que no debía fiarse solo del aspecto, pero, en todo caso, había allí algo que no acababa de encajar en sus proyectos.

De todas formas, no les haría el menor daño, a menos que fuese absolutamente necesario. No tenía nada contra ellos; su venganza estaba dirigida estrictamente contra Finn Mac Cortt, el asesino de su padre.

El coche en que había viajado El Emperador se hallaba estacionado a un lado. No cabía la menor duda que Mac Cortt se hallaba en el interior de la cabaña.

¿Prisionero de la pareja? ¿O tal vez eran amigos suyos que le habían facilitado aquel escondite mientras duraba la tormenta que se cernía sobre él?

Winslow no tenía prisa. Podía esperar. Debía buscar la ocasión propicia para actuar. Sentándose en el suelo, se dispuso a vigilar la cabaña, aguardando que las circunstancias le resultasen favorables.

* * *

Mildred consultó el reloj y dijo:

—Ya lleva siete horas encerrado, Hank. ¿Crees que habrá proyectado la película?

—No lo sé. Es prematuro afirmar nada —contestó el sicólogo.

—Por cierto, ¿qué película has preparado esta vez?

—"Ben-Hur". Es más larga de lo normal.

—¿Por qué "Ben-Hur" precisamente?

—Bien, a fin de cuentas, conviene no olvidar que, aun dentro de su criminal especialidad, Mac Cortt es un dirigente, un *leader*, y un tipo de su talla, psicológicamente hablando, posee una mente más fuerte de lo común; menos receptiva que la de otros individuos cuya misión estriba únicamente en recibir y ejecutar órdenes.

—Comprendo, Hank.

—"Ben-Hur" es una película de larga duración y su mente recibirá así una influencia mucho mayor que con una cinta de duración normal. Pero también cuento con un factor psicológico.

—¿Cuál, querido?

—El estímulo de la curiosidad. Mac Cortt está encerrado en una habitación desprovista absolutamente de muebles, sin lectura, sin una ventana para contemplar el panorama. Solo dispone de un proyector y de una película. ¿Qué harías tú en su caso?

—A la larga, ver la película —sonrió ella.

—Justamente lo mismo que sucedió con Havis —dijo el psicólogo.

—Es cierto ¿qué habrá sido de ese sujeto, Hank?

Biggs se encogió de hombros.

—No nos interesa demasiado, a decir verdad —respondió—. Una vez hable Mac Cortt y nos diga lo que queremos saber y lo hayamos comprobado, su imperio se derrumbará estrepitosamente. Havis huirá de la ciudad o será detenido, pero en todo caso...

Unos fuertes golpes que sonaban en el interior de la cabaña cortaron bruscamente sus palabras.

Biggs y Mildred se miraron durante unos instantes. Luego, movidos por un mismo impulso, se pusieron en pie y abandonaron la veranda presurosamente.

Biggs sacó la pistola y entregó la llave a Mildred.

—Abre —indicó.

La joven obedeció. Mac Cortt apareció en el umbral. Sus ojos estaban muy abiertos.

—Quiero decirles una cosa: el dinero está...

* * *

Gene Winslow vio que la pareja se metía precipitadamente en la cabaña y se puso en pie de un salto.

Cruzó el claro a la carrera y, pisando cuidadosamente, subió a la veranda. La puerta estaba abierta y percibió claramente la voz de Mac Cortt.

—Quiero decirles una cosa: el dinero está enterrado a veinte pasos al sudoeste de un almacén que poseo en Greating Hill. Allí, en una caja de madera...

Winslow entró en la cabaña.

—Hola, Finn Mac Cortt —saludó—. ¡Usted, pronto, tire la pistola al suelo o le abraso! —ordenó, dirigiéndose al psicólogo.

La sorpresa de los tres ocupantes de la cabaña fue inmensa. Biggs, después de una ligera vacilación, abrió los dedos y dejó caer el arma al suelo.

—Muy bien —sonrió Winslow—, ahora, ustedes dos, apártense. No trato de hacerles ningún daño, a menos, claro, que ustedes mismos se lo busquen.

—Tres Equis —murmuró Mildred en voz baja.

—El mismo, señorita Styles.

Mac Cortt permanecía como anonadado.

—El hijo de Red Winslow —dijo.

—Sí, Mac Cortt —admitió el asesino—. El hijo de Red y Edna Winslow, ella muerta de pena poco después del asesinato de su esposo. Ellos y yo éramos tres. ¿Comprendes ahora lo de las Tres Equis?

—Tres incógnitas que se han despejado —habló el psicólogo.

—Exactamente —confirmó Winslow—. ¿Quién es usted, por favor?

—Henry Biggs, profesor de Psicología de la Universidad, señor Winslow.

—¿Para qué trajeron aquí a Mac Cortt?

—Era un asuntillo particular. También teníamos una cuenta que ajustar con él, aunque, por lo que veo, de menor importancia.

Los ojos de Winslow brillaron de ira.

—Él robó y asesinó a mi padre —explicó—. Los veinte mil

dólares que obtuvo fueron la base que le sirvió para edificar un imperio, que ahora está derrumbándose. Solo falta que muera El Emperador, para que la catástrofe se haya consumado.

—Diga mejor su venganza, Winslow —habló Biggs.

—Lo mismo da, profesor. Durante años y años he alimentado el odio que sentí desde que mi madre me confesó los hechos. He tenido que esperar mucho tiempo y no me arrepiento de ello. ¡Su hora ha sonado al fin!

Mac Cortt parecía como hipnotizado por el cañón de la pistola que apuntaba rectamente a su pecho. No tenía fuerzas siquiera para articular una palabra.

La presencia de Winslow había provocado una especie de “shock” en su mente. Si bien había apartado de su cerebro la orden recibida de declarar el escondite del dinero, ahora, una vez ejecutada la orden, el conocimiento de una muerte inminente le mantenía en un estado de estupor casi total.

—¡Espere! —dijo Mildred—. ¡No empeore su situación, Winslow! ¡Mac Cortt está derrotado ya definitivamente! ¡Nosotros hemos hundido también su imperio! Irá a la cárcel para muchos años...

Winslow soltó una risa amarga.

—¿Cree usted que puedo contentarme con saber que ese asesino vive aunque sea encerrado en un presidio? ¡Dentro de unos años sería puesto en libertad y continuaría viviendo y disfrutando de sus inmerecidas ganancias! ¡No, debe morir!

—¿También nosotros? —preguntó Biggs serenamente.

Winslow le dirigió una rápida mirada, por encima del hombro.

—No tengo nada contra ustedes —dijo—. Márchense.

—Si piensa matar a Mac Cortt —habló Mildred resueltamente—, tendrá que hacerlo delante de nosotros. Usted le ha llamado asesino, pero, ¿quiere decirme lo que es usted?

Los dedos de Winslow se crisparon en torno al arma.

—Eran unos forajidos. Hice justicia —contestó.

—Nadie debe tomarse la justicia por su mano —dijo Biggs en tono sentencioso—. Mac Cortt está...

—¡Yo sí me tomaré la justicia por mi propia mano! —grito Winslow furiosamente—. ¡Por última vez, márchense o no respondo de mí!

Biggs vio en la mirada de Winslow un inequívoco brillo de locura. Era inútil, se dijo, argumentar con un sujeto poseído por la obsesión de la venganza.

Rodeó con el brazo el talle de la joven y la empujó suavemente hacia la salida. Salieron a la veranda y, en el mismo momento, un automóvil policial irrumpió rugiendo en el claro.

Sonó un estampido apagado. Biggs tiró de la joven y corrieron hacia la esquina más próxima, en el preciso instante en que Winslow, después de disparar contra su víctima, salía precipitadamente de la cabaña.

El sargento Corrigan, acompañado de unos cuantos hombres de uniforme, saltó del coche pistola en mano.

—¡Alto, Winslow! —gritó.

El asesino saltó al patio y echó a correr, haciendo fuego con el revólver. Los policías se dispersaron, contestaron con sus disparos a los de Winslow.

De repente, se vio brillar un enorme fogonazo y se escuchó una fortísima detonación. El cuerpo de Winslow, literalmente despedazado, saltó por los aires.

* * *

El sargento Corrigan salió de la cabaña y se dirigió a la pareja.

—Mac Cortt vivirá —dijo.

Biggs le miró inquisitivamente.

—Sin duda —siguió el policía—, el ruido de nuestro automóvil alteró la puntería del asesino. La herida es grave pero no mortal.

—¿Cómo encontraron mi cabaña, sargento? —preguntó el psicólogo.

Corrigan sonrió.

—Nos lo dijo Havis. Mac Cortt no estaba en su casa ni en el Gray's. Cuando llegó a la ciudad, uno de mis hombres me avisó. Le interrogué y al ver que Mac Cortt no parecía por ninguna parte, deduje que podía hallarse aquí.

—Y acertó —dijo Mildred sonriendo.

—En efecto. Pero, ¿por qué le secuestraron?

—Verá, sargento...

Biggs habló durante largo rato. Al terminar, dijo:

—Esos cinco millones servirán para enviarle a la cárcel durante

una larga temporada.

—No lo dude, profesor —corroboró el policía—. Y, bien mirado, ha hecho usted una buena obra contribuyendo a la destrucción de un imperio de crímenes.

Luego, su vista se posó en el bulto que yacía a unos pasos de distancia, cubierto por una manta.

—Llevaba una bomba de mano en el bolsillo. Una de nuestras balas la alcanzó de lleno y...

Biggs pasó el brazo por encima de los hombros de Mildred.

—¿Podemos irnos ya, sargento?

—Claro profesor. Ya le avisaré para que pase a declarar en Jefatura.

—Iremos, no lo dude.

* * *

Estrechamente enlazados, Biggs y Mildred estaban sentados en un diván, en casa del profesor, trazando planes para el futuro.

Sonó el teléfono. Biggs hizo un gesto de disgusto y alargó la mano.

—¿Profesor? —oyó una voz masculina—. Soy Corrigan.

—Ah, hola, sargento. ¿Algo de nuevo?

—Sí. Hemos encontrado el dinero exactamente donde usted nos dijo.

—Lo celebro, sargento.

—También hemos encontrado algo más: el cuerpo de un hombre, con tres balas en el cuerpo.

—Vaya —resopló el sicólogo.

—Era John Slattery, el contable del Emperador. Mac Cortt lo asesinó, sin duda para que no delatase el escondite de los cinco millones. Eso le llevará a la cámara de gas, no le quepa la menor duda.

—Lo siento por él —murmuró Biggs.

—Tenía que acabar así —dijo Corrigan—. Ahora sí que se puede hablar del fin de un imperio. Adiós, profesor.

—Adiós, sargento.

Biggs colgó el teléfono.

—Mildred, ¿recuerdas las historias de piratas que enterraban los tesoros?

—Sí, querido.

—Mac Cortt hizo algo parecido. Asesinó a su contable y lo sepultó junto con los cinco millones.

Mildred se estremeció.

—¡Qué horrible! —murmuró—. Pero se ha sabido gracias a ti.

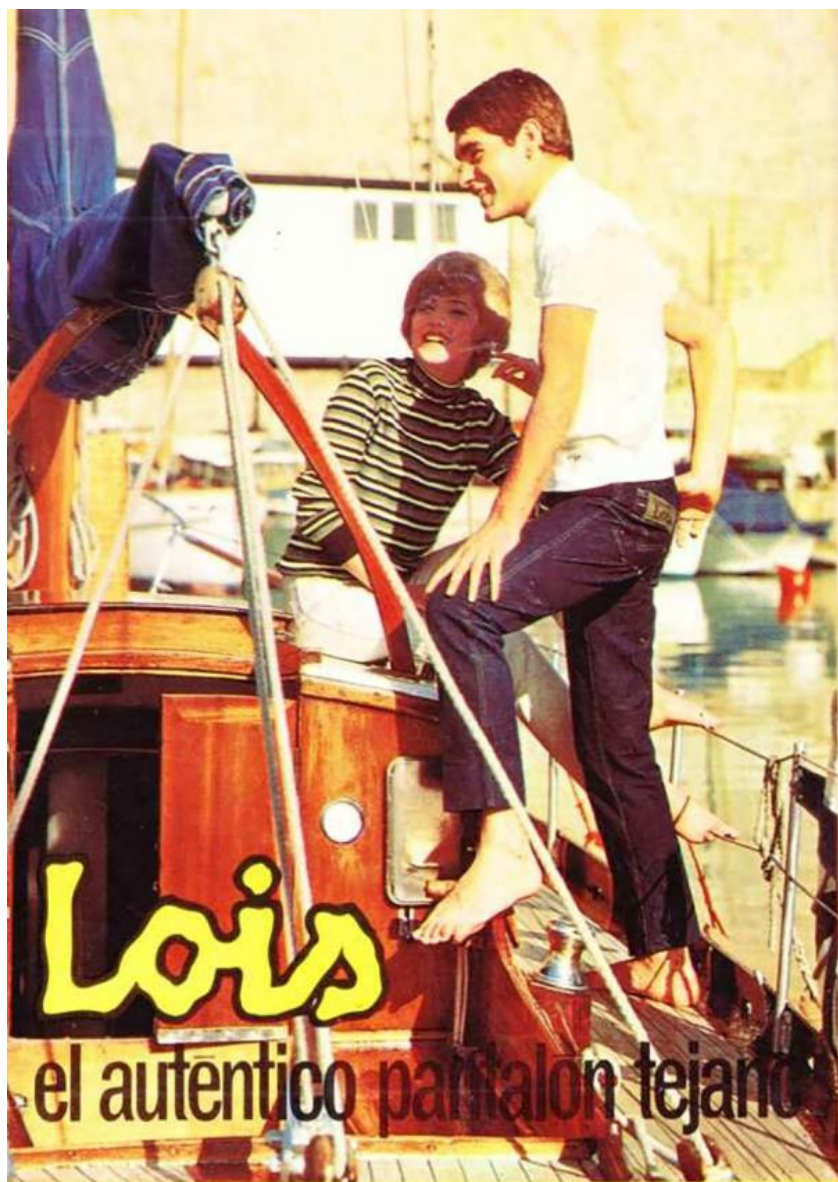
Biggs sonrió.

—Todo empezó el día en que apareciste en mi cabaña pidiéndome ayuda —dijo—. Empezó allí y acabará en...

Mildred se apretó cariñosamente contra él.

—Acabará en boda, querido —musitó.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1]Auténtico. (N. del A.)